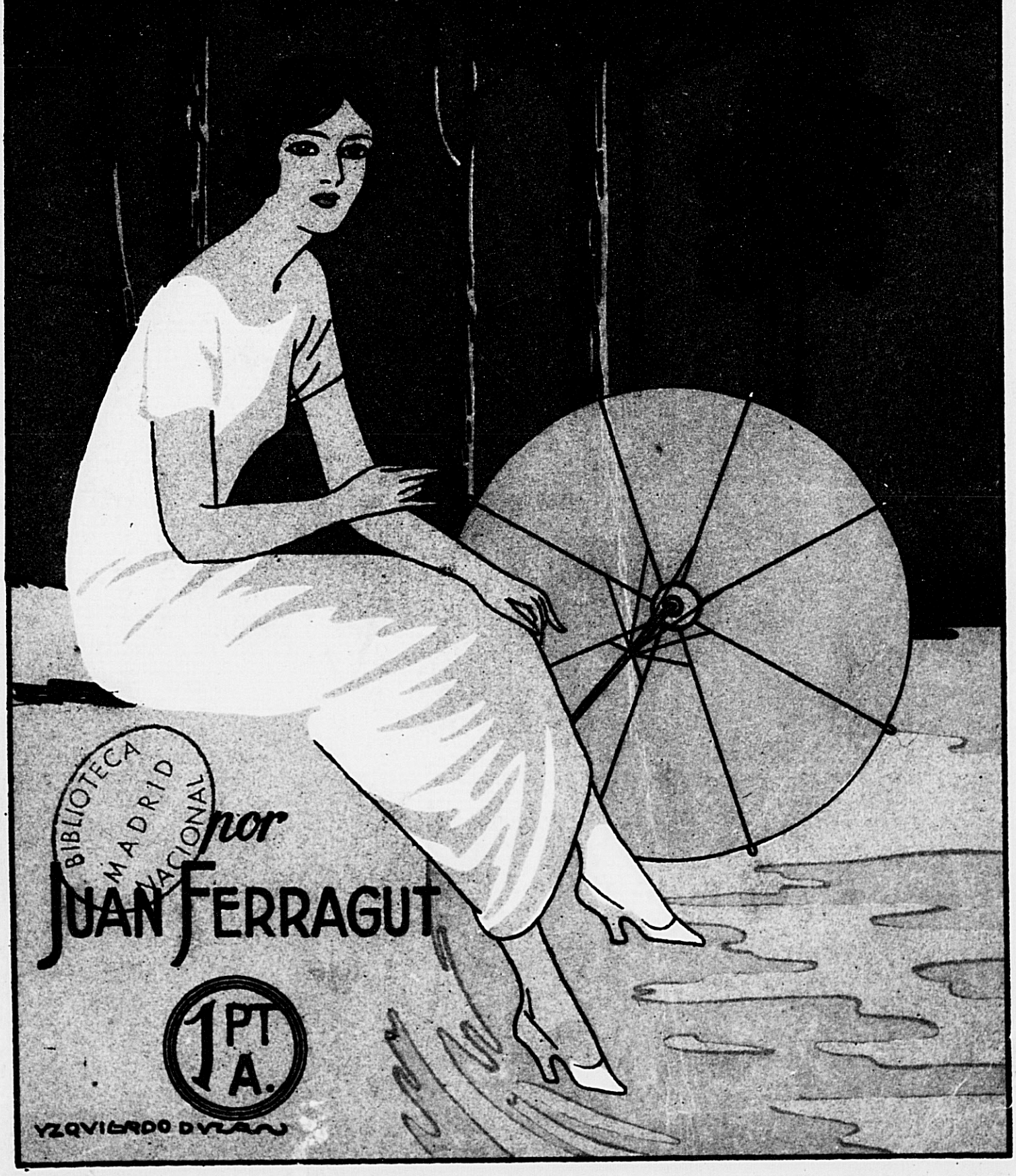
1
233443

LA NOVELA DE

Un "conflicto"



por

JUAN FERRAGUT

1 PT A.

BIBLIOTECA NACIONAL MADRID

YZQVIERDO DVRAN

1

233443

LIBRERIA RENACIMIENTO

OBRAS COMPLETAS

DE

EDUARDO ZAMACOIS

	Ptas.
La alegría de andar (Croquis de un viaje por tierras de Puerto Rico y Cuba, Estados Unidos, Centro América y América del Sur)	6
Europa se va	5
El otro	5
Duelo a muerte	4
Memorias de una cortesana (dos tomos)	8
La opinión ajena	5
Punto negro	4
El seductor	4
Confesiones de un niño decente (autobiografía)	5
El misterio de un hombre pequeñito	5
Memorias de un vagón de ferrocarril.	5
Una vida extraordinaria	5

Preciados, 46.-MADRID

47/1504257

EL NUMERO ALMANAQUE

DE

LA NOVELA DE HOY

para 1925

está en preparación, y será, como en años anteriores, la más interesante, la más artística, la más leída entre todas las ediciones literarias del año 1924.

LA NOVELA DE NOCHE

PUBLICACIÓN QUINCENAL

APARTADO 473

Año I. Madrid, 30 de septiembre de 1924 Núm. 13.

UN CONSENTIDO

POR

JUAN FERRAGUT

Ilustraciones de IZQUIERDO DURÁN

UNA PESETA

CASA-SALINAS
LIBRERIA DE OCASIÓN
Augustus, 10
VALLADOLID

MADRID

SUCESORES DE RIVADENEYRA (S. A.)

Paseo de San Vicente, 20.-Teléfono 376 J.

1924

DEDICATORIA

R 3221850

A FEDERICO M. ALCÁZAR, *gran inteligencia, gran corazón, gran amigo.*

Pocos hombres como tú, Federico, tienen tanta razón para que yo les llame amigos. Desde los años más esperanzados, y también más dolorosos; desde aquellos días de bohemia, de pobreza y de ilusiones, en que yo sólo tenía por caudal mis ensueños y por guía mi ambición, tú has sido el compañero discreto y leal de todos los momentos, el camarada entusiasta y alentador, el hermano que sabe comprender y escuchar. Yo, de condición más aventurera y voluble que la tuya, fuí ingrato y olvidadizo muchas veces. Pero tu fidelidad de hombre—¡de todo un hombre!—inteligente, sereno y cordial, supo resistir incólume mi injusticia, y aun lo que,

si bien de un modo inconsciente en mí, pudieron ser ofensas de ingrato.

Fuiste tú el único que en los días peores no vacilaste jamás en la fe que a mí me sostenía... ¿Te acuerdas? Tu generoso entusiasmo llegó a ruborizarme muchas veces ante extraños. Y paralelamente fueron nuestras vidas: no hubo amor ni dolor mío que tú no conocieras, esperanza en que no me alentaras, aventura de que no fueras partícipe o confidente.

Tú eras mi primer lector y mi mejor consejero. Mujeres que me amaron, hombres con los que hube de luchar, supieron a fondo de tu adhesión y de tu lealtad.

La vida—que todo lo cambia y serena—me va convirtiendo en un hombre distinto de lo que fuí—creo que mejor, más comprensivo y humano—, y hoy te estimo en cuanto te mereces.

Cree que nadie como yo celebra tus triunfos, se goza en el logro de tus aspiraciones, porque sé lo que te mereces, porque eres bueno, porque eres inteligente, porque eres un hombre de corazón.

Tú sabes, porque lo realizas gallardamente y con éxito, lo que es escribir, lo que es ir contra todas las dificultades del arte y de la vida, haciendo nuestra obra, con fe, con ilusión, con amor...

Yo te dedico esta mía, que es la que quiero más, porque es la más reciente y aun tiene para mí el encanto enigmático de lo recién nacido.

¿Es buena o mala? No lo sé, ni soy yo quien ha de juzgarla, porque el amor a lo que es nuestro nos hace ciegos para la condenación.

Y, obra mía, yo la estimo como lo mejor de mí, y porque es algo mío, de mi alma y de mi pensamiento, te la ofrezco, cordialmente, con un fuerte abrazo.

UN CONSENTIDO



I

DEL tronco de un pino al de otro colgaba la hamaca en que yacía Alfonso Salvater.

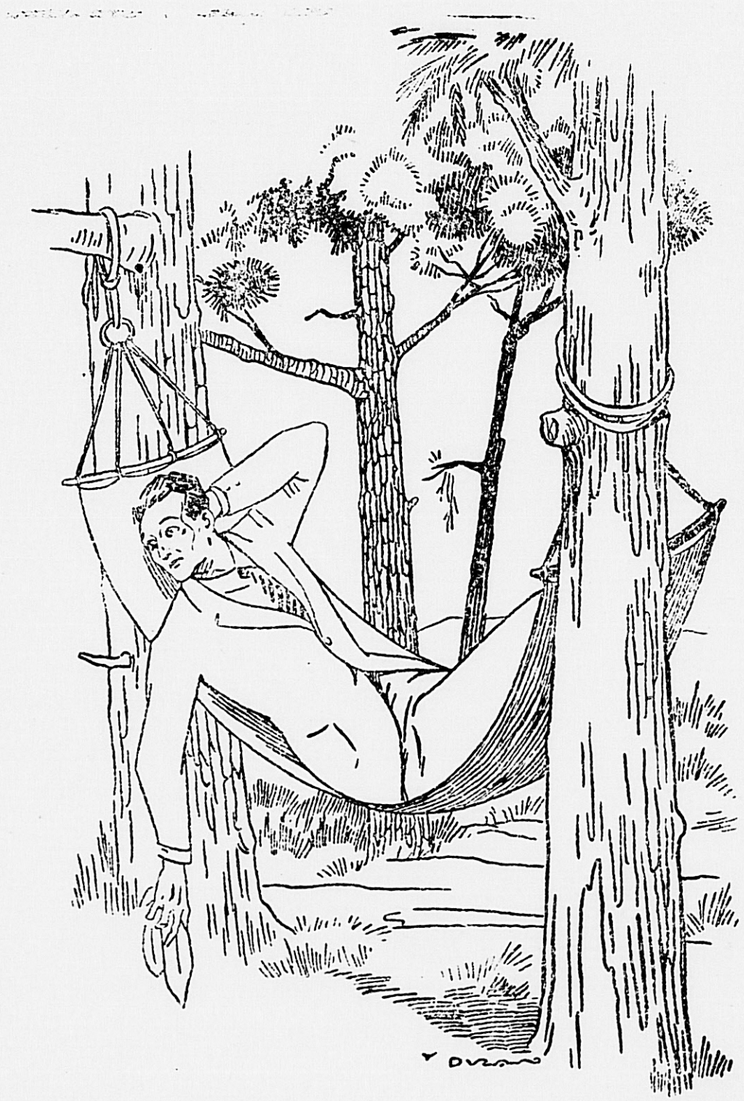
El aire fragante y tónico de la serranía acariciaba su frente marfileña de enfermo, perlada por el tibio mador de las fiebres. Un rayo de sol, filtrándose por las densas copas de los pinos, dibujaba rodelas de luz amarilla sobre su rostro demacrado y marchito, bajo cuya piel terrosa se destacaba con detalle escultórico la osamenta.

Fuera de la hamaca, suspendida a medio metro del suelo, del que ascendía una fragancia sana de tomillo en flor, pendía, sosteniendo un pañuelo, una mano descarnada, morena y de dedos largos y nudosos como cinco sarmientos.

Una suave brisa batía rumorosamente el abanico del pinar y fuera de su sombra el sol radiante de la tarde de mayo inundaba vigoroso la campiña, que se extendía panda, sinuosa, en suaves ondas de un mar de esmeralda.

La sierra formaba allí un vasto medio círculo, y como desde una alta balconada se medía toda la extensión del campo.

La vista se dilataba por el anchuroso collado, en el que eran de un verde mate, como de terciopelo mojado, los "pagos" de cebada y los trigales que cuadriculaban el llano; verdegay, los tonos escalonados de las huertas, espolvoreadas por el "confetti" blanco de los frutales en flor; densos, casi negruzcos en la distancia, otros pinares eran grumos de un verde algodonoso, acuchillados de sombras... Verdes también, de una tonalidad metálica, las jaras florecidas y los



tojales punteados de rojos botones y los surcos peinados en ringlas opuestas, semejando un manto tejido con labores dispares...

Los ojos de Alfonso Salvater, turbios por aquella tenaz fiebre que lo consumía, se dilataban como queriendo empaparse en los oros del sol que inundaba con sus cataratas jaldes el campo.

No quería cerrarlos, porque dormido o en las nieblas del ensueño su imaginación excitada tejía lúgubres, absurdas pesadillas, en las que la idea de la muerte, en mil formas, macabras o dulces, violentas y sombrías, se repetía como el estribillo indispensable de una triste canción.

Y era amargo, de un dolor enorme hecho de impotencia y de miedo, sentirse cercado por la muerte a los treinta y tres años, cuando para sus sentidos ávidos la vida se brindaba irisada de goces como de colores la cauda abierta de un pavo real...

Pero aquella fiebre constante, irreductible y misteriosa, que desde hacía un año era como la combustión lenta de sus entrañas, cada día robaba vigor a sus músculos, agili-

dad a su cuerpo, lucidez al pensamiento, brillo a sus pupilas... Las dietas soportadas, las pócimas ingeridas, hicieron en él su obra desastrosa; mermaron gallardía a su figura, que se encorvaba como la de un valetudinario; firmeza a sus pies, que arrastraba con pasos vacilantes de ciego y también como de ciego iba haciéndose el ademán tacteador de sus manos trémulas...

¡Morir!... ¡Qué trágico pensarlo en plena juventud y ante la gracia fragante de aquella sierra, henchida de rumores y perfumes, a la que había venido, en último recurso, buscando la salud, que ya sólo por un milagro podía devolverle la Naturaleza en su salvaje, ubérrima majestad!

Y así, él quería sorber con ansia, hasta henchirse los débiles pulmones, aquel aire fresco que olía a cantueso y a romero, y aguzaba la atención para llenar su oído de los rumores del pinar, que unas veces eran blando, sordo murmullo, y otras, al chascar la hojarasca, tenía crujidos que recordaban el roce de sedas de las faldas de una mujer. Y abría los ojos hasta casi desorbitarlos, como si quisiera aprisionar en ellos toda la

luz rutilante que caía desde el cielo terso y combo como una cúpula de glorioso azul... La salud, la vida, podían estar en todo aquello, y sus sentidos, excitados por la esperanza, se abrían para recibirlas con una fe tal, que se le antojaba, al sentir en su boca el aire suave y frío, que en una rara comunión sorbía a grandes buchadas ráfagas de energía...

Se adormecía como siempre en su ensueño optimista y ansioso, cuando vino a sacarlo de él la voz de su mujer, interrogándole dulcemente:

—Alfonso, ¿te duermes?

—No, Margarita, no... Soñaba despierto.

—¿Sí? ¿Y con qué?

Una triste sonrisa dilató con luz de melancolía el rostro del enfermo al responder:

—¡Con lo de siempre: con que estaba fuerte y sano!

Margarita corroboró sus palabras:

—Y lo estarás, Alfonso. ¡Qué duda cabe! Verás, dentro de un mes, como no te conoces a ti mismo. Yo tengo mucha fe en la sierra...

Pero, a pesar de sus palabras, la fe fal-



taba en el tono de la voz, que no tenía el trémolo vibrante de lo ansiado con esperanza, sino la cadencia monótona del que repite una frase obligada.

Callaron los esposos. Margarita Reina, sentada en el suelo, a cinco metros de la hamaca, reanudó su labor de *crochet*.

Alfonso la miró con infinita tristeza: de todos los bienes, cuya pérdida constituía la amenaza trágica que pesaba sobre su vida, el que más le importaba era su mujer.

Examinó una vez más, con delectación, con inefable ansia, la belleza rotunda y magnífica de Margarita.

Parecía que toda la vida y la fuerza y la armonía que a él le faltaban habían ido a nutrir, a modelar en un alarde de plenitud a la esposa. Alta, sin exceso, su cuerpo jarifo tenía una gallardía suprema, acusada en la anchura armoniosa de los hombros y la redondez robusta del ebúrneo cuello y en la amplitud turgente del busto, que asentaba sobre la cintura breve y flexible para contener su dichoso desbordamiento en las curvas apretadas y pujantes de las caderas... En el rostro moreno, al que el viento serra-



no había dado un tostado color de ámbar, fulgían los ojos como dos rodelas de prodigioso onix, cuyo brillo suavizaban la sombra sensual de las largas pestañas; la boca, de tan roja, parecía ir a brotar sangre.

Magnífica escultura de carne, Minerva fuerte y grácil, coronada por los rizos rebeldes de una cabellera de un negro tan intenso y lustroso que la luz le arrancaba a veces esos reflejos metálicos que tienen las alas de los cuervos...

Alfonso se daba cuenta del ridículo contraste que hacía él junto a su mujer. Toda su pobreza física, su casi invalidez, el color terroso de su piel, su andar vacilante, su pecho hundido, su cuello escuálido que imprimía un vaivén casi grotesco a su cabeza, su cuerpo estrecho y encorvado, eran como la caricatura lamentable y cruel de una vida que hacía resaltar aún más la venustidad espléndida de Margarita, la hembra íntegra y sana, cuyos ojos ardientes, cuyo cuerpo prieto, macizo y armonioso, era un canto magnífico a la vida.

Sus aficiones aún no extintas de poeta le

habían hecho decirle a su esposa hacía unos días:

—¡Cómo contrastamos juntos! Tú eres el poema dionisiaco, el canto heroico y bello de la Naturaleza en toda su avasalladora alegría, en su pujanza fecunda... Rimas con el sol ardiente y la tierra en flor y los viñedos llenos de fruto para aquellas fiestas en que el mundo sano y risueño del paganismo alababa al Baco ebrio y jocundo padre del placer... Yo, en cambio, soy la sátira, la caricatura, el epigrama mezquino y envenenado, la fragilidad y la sutileza enfermiza de lo que degenera... Tú hueles a sol, a fruta, a la naturaleza brava y eterna... Yo huelo a sudor de enfermedad, a quinina y a muerte...

Ella le había sellado la boca con un beso de súplica, de piedad; uno de esos besos de ternura maternal que dan las mujeres, no a los hombres que aman, sino a los niños pobres que no son hijos suyos...

Había notado Alfonso cómo a partir de los cinco primeros meses de su enfermedad, el amor de Margarita había ido debilitándose, deshaciéndose para transformarse en

una resignada lástima hacia el esposo enfermo e inútil... En sus cuidados ya no había pasión, sino caridad; en sus besos no vibraba el amor, sino que languidecía la lástima.

Y en el derrumbamiento casi total de sus fuerzas físicas, Alfonso no pudo evitar aquella transformación.

Margarita le atendía, aceptaba su irritabilidad, sus caprichos de enfermo, como se toleran las terquedades de un niño.

Afortunadamente, su condición social, a la que la riqueza de Alfonso subvenía holgadamente, no les habían puesto en el trance de sufrir ninguna necesidad económica. Podía atenderse a todo con exceso.

El, fríamente, dolorosamente, había pensado muchas veces:

—Si yo hubiera sido un obrero o un hombre de la clase media, Margarita no estaría a mi lado. Temperamento sensual, habituada a la molicie, no hubiera resistido a la necesidad... Ella no sería jamás una de esas bravas mujeres del pueblo que trabajan para su hombre enfermo. Su alma es incapaz del sacrificio.

¿Era mala, entonces, Margarita? Y con

una humana, honda razón, se respondía a sí mismo Alfonso Salvater:

—No, no es mala... Es... como es: tan bella, tan sana, tan apta para el amor y para la vida, representa una fuerza de la Naturaleza. Y, como la Naturaleza, no siente la piedad. Tiene una imperiosa necesidad de vivir... Es—y a él mismo le dolía la comparación—un bello animal al que la fuerza o la necesidad pueden hacer fiero... Magnífica leona, necesita para vivir la comida abundante, la libertad de movimientos, la selva grandiosa y sana a su disposición... Y, como la leona, acuciada por el hambre, mata y devora, con crueldad inconsciente, impelida por el instinto, sin piedad para la presa que sacrifica, ella, mujer, si tuviera hambre de algo, me sacrificaría a mí, huiría tras su necesidad o su capricho... ¿Qué culpa tenía, al cabo, si la Naturaleza la había hecho tan fuerte y a él tan débil?...

.....

Margarita dijo en aquel instante:

—¡Ya viene allí Braulio con las caballerías!

Desde la hamaca, como desde una atala-

ya, divisaba Alfonso el camino que hasta el pinar ascendía serpenteando.

Miró y vió al criado pueblerino que traía del ronzal a la yegua aparejada con una jamuga sobre la que él iba y venía al pueblecillo serrano; detrás trotaba el rucio, al que se cargaba con la hamaca y los enseres que él necesitaba para su estancia en el pinar. Antes de que el aire frío del crepúsculo le batiera, tenía que emprender el regreso al poblado, para meterse en el lecho, donde le aguardaba la noche triste, que se hacía interminable y cruel por el insomnio unas veces, por las tristes pesadillas otras.

Sí; allí venía Braulio, el criado; pero al par de él, como casi todas las tardes, venía Claudio Chinchilla.

Instintivamente, Alfonso odiaba a Claudio... No sabía por qué. Era acaso por su prestancia de macho sano y guapo; porque aquel pintor que escalaba sin fatiga las más altas cumbres de la serranía por el gusto de sorprender una puesta de sol maravillosa, tenía la fuerza, la vida y la agilidad que a él le faltaban.

Hospedado Claudio Chinchilla en el pe-



queño hotel del pueblo, era el único que no estaba en la sierra buscando reposo a su salud. Afición de artista le había traído a aquel lugar de la alta Castilla, y en vez de las tisanas y las drogas que otros portaban de continuo, él sólo llevaba su caja de apuntes y sus lápices, y a veces, sin ayuda, portaba su caballete a los más altos picachos, y durante horas pintaba febrilmente, robando sus colores al paisaje, sus armonías a la brava Naturaleza...

De encontrarse en el camino del pinar y de pasar él por donde el enfermo yacía, el matrimonio y el pintor amistaron un mes antes. Y desde entonces, rara era la tarde en que el artista no venía con el criado y hasta le prestaba su ayuda de hombre fuerte para acomodar al enfermo sobre la cabalgadura.

Con Margarita y con él, Claudio tenía una afectuosa, cortés deferencia de hombre educado que sabía comportarse discretamente y ser grato sin afectación y prestar ayuda sin imprudencia.

Sin embargo, a Alfonso le era antipático el pintor, instintivamente. Razonándolo,

pensaba que debía estar agradecido a sus atenciones, a su delicadeza, a la cordial efusión con que se brindaba para todo...

Y no podía transigir con él... Su presencia, su apostura gallarda de hombre de treinta años, alto, con fortaleza de atleta; su rostro tostado por el sol y el aire libre, sus ojos dominadores y ardientes, su charla viva y simpática, su agilidad y plenitud y el brío juvenil de todo su cuerpo, le lastimaban, le ofendían como si fueran un insulto a su pobreza física, un ultraje a su debilidad.

Cuando aun Claudio y el criado estaban a cien metros, Margarita se alzó repentina del suelo. Alisó sus faldas, se atusó con rápido ademán los rizos de azabache que le caían sobre la frente.

—¿Por qué te levantas?—le interrogó agrio el marido.

Ella, súbitamente, se turbó al responder tras una vacilación:

—Hombre, no voy a dejar que me vean tendida de cualquier modo en el suelo. Es una incorrección...

Callaron ambos. Claudio, con paso gimnástico, sin esfuerzo, subía por el pinar...

Llegó, y como Margarita se hubiese adelantado unos pasos, la saludó correcto, casi ceremonioso, estrechándole la mano...

—¡Señora!...

Y fué en seguida hasta la hamaca.

—¿Qué tal, amigo Salvater?

Y tomando la mano escuálida del enfermo, se la apretó vigorosamente.

Estuvo a punto de exhalar un quejido Alfonso. Pero, reponiéndose, contestó con desgano:

—Igual, Chinchilla. Desesperado y cada vez peor.

—Vamos, hombre—le animó, efusivo, el pintor—. ¡Qué obsesión más absurda! Hay que tener fe, desear curarse. El que quiere, puede. Antes de quince días, le veo a usted pintar conmigo allí en lo alto...

—Sí, sí, tiene usted razón—terció Margarita—. La enfermedad peor de Alfonso está en él mismo, que se acobarda, que se desespera... Y eso que ya sabe lo que el médico ha dicho: "tiene una fiebre infecciosa rebelde que aquí desaparecerá. Y en seguida



a reponerse". Pero no quiere: se obsesiona, se atormenta...

.....

Media hora después bajaban todos por el camino en cuesta. Braulio tiraba de las riendas de la yegua, sobre la cual, balanceándose como un pelele sobre las jamugas, iba Alfonso.

Un momento, porque se estrechaba la senda, hubieron de formar en fila.

El pintor y Margarita se quedaron detrás, y Claudio aprovechó el instante para decirle a la mujer, en voz baja:

—Esta noche espérame.

—No, no—balbuceó Margarita—; tengo miedo. Creo que él sospecha algo...

—No importa—la conminó él con firmeza—. ¡Sal esta noche! Lo que tengo que decirte es decisivo para los dos... Es necesario que esto acabe de una vez...

Dió un resbalón la yegua que cabalgaba Alfonso, y el enfermo exhaló un grito.

De un salto, Claudio se puso junto a él; lo atenazó por la cintura con sus brazos hercúleos, y exclamó jovial:

—¿Qué es eso, mal jinete? ¡A ver si voy

a tener que llevarlo a usted en brazos como a un niño!

"¡Cómo a un niño!" Las cuatro palabras restallaron igual que un latigazo en los oídos de Alfonso, que dirigió al pintor una mirada cruel y rápida como una saeta. Una mirada que Claudio no vió, y en la que, como a la luz de un relámpago, se alumbró todo el abismo de odio de un alma...

II

Un latigazo, una brusca sacudida de los nervios, hizo a Alfonso despertar de repente, sobrecogido, con una súbita sensación de miedo.

Al abrir los ojos y verse rodeado de obscuridad, fué más honda, casi dolorosa, la impresión de vacío y de abandono. Extendió las manos, que aletearon como palpando sombras. Un nudo de angustia, de terror, se hizo en su garganta, impidiéndole articular sonido alguno.

El pensamiento, aún embargado por la pesadilla, tardaba en incorporarse a la realidad... Parecíale seguir hundido en un abismo, perdido, como un niño abandonado, en la obscuridad siniestra de una noche eterna...

Trabajosamente, se incorporó en el lecho, jadeante, fatigado, y poco a poco su razón fué volviendo de las lindes del ensueño.

Sobre la mesilla de noche, una lámpara diminuta, con pantalla roja, alumbraba la esfera del pequeño reloj, y junto a él albeaba un vaso lleno de leche.

Un vago reflejo se esparcía por la habitación, acusando el contorno de los muebles y la blancura fantasmal de las paredes.

Alfonso se sentía empapado en el sudor que le cosquilleaba al trazarle surcos por la espalda, y era como un rocío helado en la frente y en las palmas de las manos... Le martilleaban sordamente las sienes y un sabor acre y pegadizo le impregnaba el paladar, en el que percibía el roce de la lengua seca y torpe.

Tomó de la mesilla el vaso de leche y bebió una larga buchada, que refrescó sus fauces...



Entonces, ya acostumbradas sus pupilas a la penumbra, vió que la puerta de la alcoba, que siempre quedaba abierta para que Margarita pudiese oír cualquier llamada suya, estaba totalmente cerrada.

Una sensación de extrañeza—que fué al mismo tiempo inconsciente alarma y sospecha dolorosa de no sabía qué mal—le hizo estremecerse.

Pudo llamar y no quiso. Un presentimiento rápido y cruel como una puñalada le hirió, impeliéndole casi a saltar fuera del lecho.

La sensación de ahogo y de abandono que le hizo despertar se intensificó obsesionante y dolorosa.

Bajó de la cama. Al poner los pies descalzos en el suelo, le fué agradable la frialdad del enlosado.

Con ímpetu, como si quisiera romper el círculo ardiente que parecía oprimirle las sienes y el pecho, dió un empellón a la puerta, que giró rechinando.

Se detuvo, tal que si hubiera cometido un acto de audacia, y escuchó... El silencio, turbado un instante, volvía a ser total.

¿Cómo —pensó— no había despertado Margarita, cuyo sueño ligero se turbaba al menor ruido?

E impulsado como un autómata por su resorte, por la comezón angustiosa que sentía, salió de la alcoba, y cruzando a tientas el gabinete llegó al dormitorio de su mujer.

Cerrada también la puerta que, decidido, hizo girar maniobrando a tientas en el picaporte...

Abrióse la hoja encristalada y nada vió. Una obscuridad absoluta, un silencio alarmante. La puerta le brindaba su enigma de fondo negro, como desafiándole...

—¡Margarita! ¡Margarita!—llamó con la voz balbuciente y ronca.

Nada le contestó. Tuvo un momento de vacilación, del que se repuso en seguida.

Penetró en el cuarto y a tientas llegó hasta el lecho de su mujer. Lo tacteó todo, como un ciego, sin encontrar en la lisa superficie de las ropas el bulto, ni aun la huella de un cuerpo.

Estaba intacta la cama. ¿Y Margarita?

Sus nervios en tensión dotábanle de una lucidez extraordinaria. Le parecía que un



poder extrahumano habíale dado de pronto la facultad de ver en las tinieblas...

Rápido, trémulo por la emoción y por la fiebre que le tictaqueaba frenéticamente en las arterias, salió de la alcoba de Margarita.

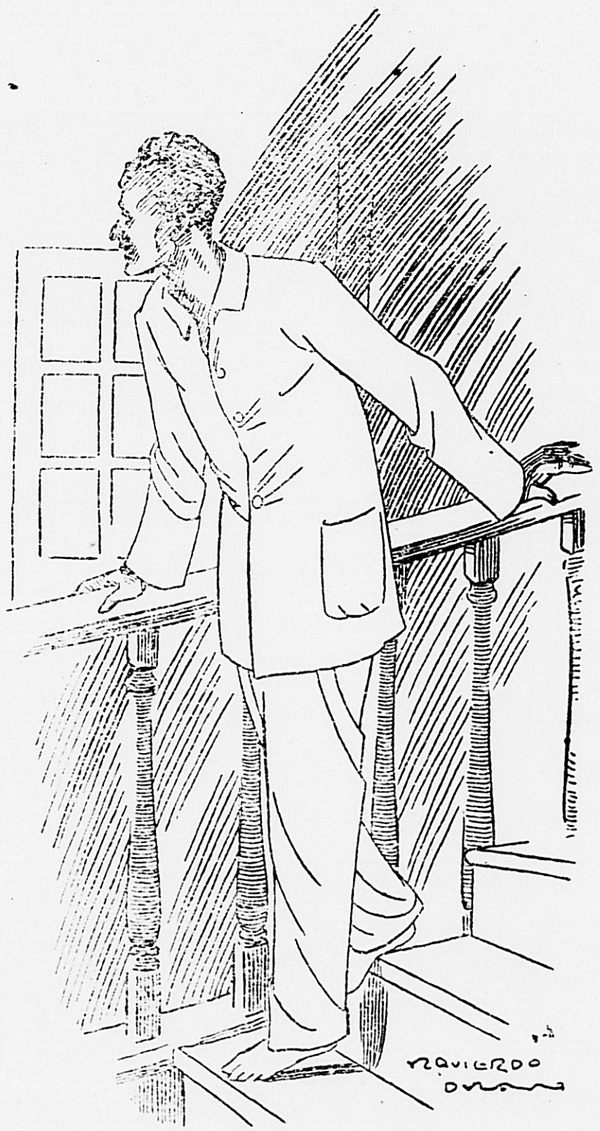
Cruzó de nuevo el gabinete y llegó al pasillo. Fué hasta el fondo de él y notó la misma paz. Tras las puertas cerradas de las habitaciones de los criados, percibió las respiraciones rítmicas y profundas de las dos fámulas que dormían...

—¡Estará abajo!—reflexionó.

Y cauto, haciendo a voluntad aun más silentes los pasos de sus pies desnudos, se dirigió a la escalera.

La ventana del *hall* dejaba filtrar una claridad azulina que le permitía ditinguir los peldaños. Detrás de las vidrieras reinaba la noche, magníficamente estrellada, turbada por los rumores de la serranía, arrullada por el viento, empapada del blancor lechoso de la luna llena que navegaba por el cielo como por un mar de terciopelo de profundo azul...

Bajó trémulo, ansioso, todos los escalones y llegó al recibimiento. La luz de fuera



se filtraba por las rendijas de la puerta cerrada del hotel.

—¡Tiene que estar aquí!—meditó rápido, desvanecido el supuesto de que Margarita hubiera salido al jardín...

Y con paso lento, suave y cauto, con estirazamientos de felino en acecho de su presa, se deslizó por el recibidor hacia la sala, situada al lado derecho.

Era la única puerta que hasta ahora no se le mostraba hermética. Por la abertura distinguió el reflejo de la luz nocturna que debía entrar por la ventana.

Se acercó tímido, conteniendo la respiración, contraído y convulso como ante un misterio aterrador.

Antes que nada, sus ojos, dilatados de curiosidad, de espanto y de ansias, le dijeron la horrenda verdad.

En el vano de la ventana, a la que servía de fondo la clara maravilla azul de la noche, se recortaban dos siluetas.

Dentro, Margarita, como una aparición, vestida con una bata blanca, casi pegado el cuerpo alto y armonioso a los negros hierros.

Detrás de ellos, Claudio Chinchilla atenazaba el ventanal con sus manos de atleta, como si quisiera forzar la clausura de la mujer.

Y el eco de una voz ansiosa, vibrante de encendida pasión, trémula de deseos, salía de los labios del hombre, con persuasión y con imperio a la par:

—¡No seas cobarde, Margarita!—decía Claudio. Y sus palabras tenían un más rotundo valor en el silencio.

—No es cobardía, Claudio. Es piedad—respondía la mujer.

—¡Piedad, piedad!—acogía con cruel acento irónico el hombre—. ¿Y quién la tendrá de ti cuando seas irremediablemente desgraciada, cuando veas tu vida consumirse al lado de un ser inútil y hagas el balance de tu existencia y comprendas que la perdiste, que no fuiste feliz por un triste escrúpulo? Y tú tienes derecho a serlo.

—No sé, no sé, Claudio, hasta qué punto me asiste ese derecho.

La voz del varón se hacía más apasionada y grave al replicarla:

—Sí, mujer, tienes toda la razón. Una ra-



zón que tú crees dura, pero que yo, humanamente, veo que es la razón bendita y cruel de la Naturaleza misma. Eres fuerte, eres joven, canta en tus sentidos y en tu sangre la vida su canción más ardiente. Me quieres y te esperan el amor y la libertad en mis brazos, y por un prejuicio estúpido, por un miedo ridículo, quieres seguir esclavizada, muriendo todos los días un poco de tristeza y de asco...

—¡Oh, de asco, no!—rechazó ella.

—Sí, de asco, Margarita—corroboró él henchido de firmeza—. Tu carne y tus manos, tus ojos y tu alma le rechazan... Está enfermo, deshecho, podrido... Y tú estás sana y eres joven y tienes un caudal de energías, unas ansias delirantes de ser feliz... ¿No ha de repelerte? Aunque tu pensamiento le compadezca, tu corazón le rechaza; aunque tu piedad le acaricie, a tu carne limpia y sana, que merece el placer, que pide el amor, le repugna. No cometes ningún crimen, Margarita, dejándole. ¿Qué razón te une a él?

—Soy su esposa, ¿te parece poco?—dijo ella.

—Sí, me parece poco... porque es mentira. No eres su esposa, sino la mía. Es entre mis brazos donde tiemblas de ansia y son mis besos los que te estremecen y mis caricias las que te dan placer... Por esposa te diste a él para que te amara, para que te hiciera gozar la vida, para que te protegiera contra todo. ¿Lo hace, puede hacerlo aunque quiera? No. Es una sombra y un inútil. Y tú te entregastes para esposa, no para hermana de la Caridad.

Callaba abrumada la mujer, y él insistió en el asedio, sabiéndola ya dominada, a punto de ceder.

—No te ata a él sino un escrúpulo tan pueril que bastarán unos meses, unas semanas para deshacerlo... Tú lo sabes: está desahuciado de los médicos; la Muerte le acecha, le ronda diariamente...

—Sí, sí—asintió Margarita—. Y por eso, ¿no es mejor esperar?...

—Esperar, esperar... ¡Qué terrible palabra, Margarita! Espera el resignado, el que no lleva en sí la fuerza bastante para realizar su deseo y sólo confía en el azar... Está bien que él espere la Muerte, porque no tie-

ne medios para lograr la salud y la vida; que consagre sus horas a esa esperanza, porque no puede realizar lo que querría. Pero nosotros, no; estamos llenos de vida, nos queremos y nuestro amor no admite espera ni dilaciones, porque es una realidad.

—¡Pero aun tenemos tiempo, mucho tiempo, para disfrutar de él, Claudio!—suspiró ella.

—¡Quién sabe! Hay muchos azares malditos que tronchan las mejores rosas. ¿Por qué esperar? ¡El, con hacerlo, con retardar su momento, nada pierde, porque tiene el fin previsto! Pero nosotros, no, Margarita. Cada hora que pasa, cada día que estamos separados, es una hora y un día que le robamos a la felicidad... Y la dicha se encuentra tan pocas veces en la vida, que hay que aprovecharse de ella, devorar sus minutos, porque cada uno es luego una eternidad de dolor... Además, Margarita, yo no puedo esperar. No soy rico, como tú y como él. Vivo de mi arte, de mis cuadros. Ya llevo aquí dos meses, y tengo que partir... Hace ya más de dos semanas que salieron mis cuadros para América, y yo tengo que estar

allí... Debo embarcar antes de quince días. Me esperan, me necesito yo mismo... Tengo sed de vivir y de triunfar, y todo eso está lejos de aquí. No puedo limitarme a ser testigo de una agonía, a aguardar que de las ramas de la muerte se desprenda desgajado el fruto de mi felicidad... Eso está bien para los cobardes, para los resignados. Yo soy fuerte y animoso, y debo arrancárselo a la vida como una conquista, no recogerlo de la muerte como una limosna...

Alfonso Salvater, con el alma en los oídos, escuchaba el diálogo, afrenta dolorosísima para su corazón, zarpazo brutal que tronchaba sus pobres ilusiones de vida en ocaso...

Dos veces sintió dentro del pecho un hervor súbito, como si del corazón se le desprendiese una oleada ardiente que, inundándole el pecho, le subiera por la garganta, llenándole la boca de un líquido tibio y viscoso y enturbiándole las pupilas con un denso velo rojo...

A momentos se le crispaban las manos como garras, con temblores homicidas... Un instante se sintió fortalecido, lleno de sal-

vajes ímpetus, convulsionado por el ansia de penetrar en la sala y vengar fieramente su afrenta...

Pero volvió a subirle del pecho aquella oleada tibia, que ahora le provocó una náusea irreprimible. Se le nubló la vista, y apenas tuvo fuerzas para apoyarse en la pared y llevarse las manos a la boca... Cuando se las retiró las notó, aun en la penumbra, manchadas, empapadas en un líquido obscuro y caliente... Era su sangre enferma, púrpura de su vida, licor de sus entrañas, que le ahogaba, como justificando los lúgubres vaticinios de Claudio Chinchilla...

Se limpió como pudo en el pijama y en el tapiz recogido por la abrazadera a un lado de la puerta.

Las palabras del amante de Margarita, del hombre que le robaba su amor, tenían en su cerebro un eco poderoso... La verdad, la verdad terrible y suprema, no conocida hasta ahora, venía a herirle recta y cruel en el corazón.

Estaba sentenciado a muerte; era un despojo, un pingajo que la vida abandonaba,

una piltrafa grotesca y triste que nada podía ofrecer ya...

Como un ritornelo obsesionante, las palabras de Claudio parecían clavadas en su memoria.

Y con suprema lucidez, como si en un momento le despojaran de todo su triste peso humano de pasiones y de egoísmos, sentía que la verdad cruel y grande de la vida, la razón suprema de la existencia vibraba en los desdenes del pintor...

El, el marido, era la planta débil, maldita e inútil, destinada a morir; la presa abatida que las fieras fuertes devoran; la víctima exigida en sacrificio por la divinidad implacable de la vida...

La razón, el derecho, una ley sagrada por encima de los prejuicios mezquinos de los hombres, impulsaba a Margarita a los brazos de su amante.

Era la atracción de la vida, el mandato supremo del instinto, la afinidad de las energías que hacen inmortal la Naturaleza...

Margarita y Claudio se atraían fatalmente, inexorablemente.

Se habían unido porque se tenían que

unir; porque en sus venas la vida joven, fuerte y sana, hacía circular la sangre con generoso ímpetu; porque en sus ojos había centellas de pasión, luces extrañas y turbadoras; porque en sus manos trémulas el fuego inextinguible de la especie ponía acierto para la caricia.

Disculpaba, perdonaba él la caída de la mujer que le hizo traición... Había sido la Naturaleza, el músculo joven, el cuerpo sano, la dinámica influencia del campo en flor y el cielo azul y el aire limpio, lo que arrastró a los culpables y les hizo caer, lo que los llevó a inmolarse en la pira inmortal del deseo, padre de la vida fecunda engendrada en la dulce muerte del amor...

Oía otra vez, clara y potente, la voz de Claudio conminar:

—Ya lo sabes. Dentro de ocho o de diez días yo me iré de aquí para siempre. ¡Para siempre! Y tú has de venir conmigo, porque ya no puedes vivir sin mí, porque eres mía y me quieres, ¿verdad?

La respuesta de la mujer, vencida, conforme, se desvaneció en el chasquido de un

beso, que lo sintió Alfonso como una punzada en el corazón.

Inconsciente, ciego de dolor, de rabia, de humillación, de fracaso, y con las manos crispadas sobre la boca para contener la nueva náusea que le llenaba aquélla de un licor acre, huyó como un loco por la escalera arriba hacia su alcoba.

Llegó con aliento tan sólo para desplomarse sobre la cama, y ya allí dió suelta a su dolor.

En una convulsión horrible manaron sus labios sangre y con ella se mezclaron sus lágrimas; sangre de su corazón de hombre irremediablemente víctima de la crueldad inexorable del Destino.

Un nuevo espasmo le angustió y, quedando inerte, perdido el conocimiento, rodó al suelo como un muñeco roto e inútil, manchado de púrpura...

III

Después de la gravísima crisis que duró toda una semana, aquella tarde se encontra-



ba tan bien que hasta pudo sentarse sin esfuerzo en la cama.

Margarita, arrellanada en una butaca próxima, le acompañaba, absorta en la lectura de un libro.

Alfonso la contempló detenidamente. El cansancio de aquellas noches últimas en que estuvo velándolo, se revelaba en la palidez de su rostro, en la huella honda y amoratada de sus ojeras...

La disnea apenas le dejó dormir a él y Margarita no se había apartado de la cabecera de su lecho.

Cada día y a medida que él mejoraba notaba Alfonso en su esposa una mayor inquietud, la desazón extrema que aun en los más audaces produce la proximidad del peligro...

—Se acerca el día de la traición—pensaba él—y duda y teme... Entre la compasión que aquí le retiene y la felicidad que le aguarda lejos, ella vacila...

Y Alfonso se sorprendía de que ella dudara.

Sin horror y sin celos, después de ocho noches de torturantes reflexiones, la situa-



ción se le presentaba radiante, de tal claridad, que no admitía la sombra de la vacilación...

En aquel anticipo de agonía que le postró en el lecho una semana, Alfonso había meditado hondamente su desventura.

Y con toda la firmeza de su alma, a pesar de su corazón, ratificaba el derecho de su esposa a la felicidad...

—Hay—pensaba—que estar ya en contacto con la muerte para comprender serenamente toda la verdad cruel de la vida. Ante el vacío de la eternidad, ante la perspectiva del aniquilamiento, parecían haberse esfumado todos sus egoísmos de hombre...

Un afán místico, de infinita comprensión, de inefable serenidad, le embargaba.

Nada de la vida le importaba ya; ni el amor de aquella bella mujer, que era su esposa y su compañera.

Parecíale inaudita la ceguera que antes obscureció su razón, no permitiéndole ver que se moría sin remedio y llenándole de locas esperanzas...

Cruel, feroz egoísmo el que le había

acompañado hasta entonces... El egoísmo de vivir...

—Hay que estar muerto ya, aunque aún se aliente, para poder deshacerse de él... La vida, porque tiene deseos, es egoísta. Yo, que ya no he de vivir, que nada puedo desear, ¿tengo derecho a ser egoísta?

Y su razón, con honda limpidez, le respondía que no. Decíase que él no tenía derecho para estorbar la felicidad de aquellas dos vidas que se atraían por el amor... Fantasma, fantoche grotesco, sin fuerzas y sin alegría, espectro triste, fruto podrido, ¿por qué su sombra había de agostar la felicidad que pugnaba poderosa por germinar a su alrededor?

Para su cuenta, el plazo dado por Claudio a Margarita debía expirar próximamente.

—¿Se iría ella? ¿Y por qué no?—razonaba Alfonso—. ¿Qué podía retenerla a su lado? El amor, si se lo tuvo alguna vez, había sucumbido en la traición. ¿Qué entonces?

Un pensamiento nuevo ahora le soliviantó. Ideó que algo tal vez más fuerte que la pasión podía incitarla al sacrificio. Espíritu

creyente, alma cristiana, Margarita tendría miedo al remordimiento de su culpa. Aquel peso en la conciencia podría ser el fantasma que ensombreciera su felicidad futura.

Y al pensarlo sintió Alfonso una gran alegría, como si el remordimiento de la adúltera fuera una posible, eterna venganza de él...

Pero en seguida sintió rubor de su regocijo... Aún quedaba egoísmo de hombre en él... ¿Por qué había de vengarse de Margarita si él estaba seguro de que ella tenía razón y derecho para engañarle? Mientras fué igual a ella, mientras fuerte y apasionado la mereció, ella le había dado cuanto quiso: su cuerpo, su alegría y su amor.

Si ahora ya él ni lo merecía ni podía gozarlo, no era culpa de ella... ¿Por qué, pues, hacerle pagar como un pecado lo que no era sino obra lógica y natural de la vida?...

No; Margarita, debía ser feliz, totalmente, sin sombra de remordimiento. Y él debía no estorbar aquella felicidad, poner los medios para dársela, sin sombra, sin rubor, sin maldad...

Un momento se examinó a sí mismo y se

asombró de aquellas reflexiones. Si alguien pudiera escuchárselas, ¿qué opinaría de él?

—Dirían—meditó—que soy eso, tan ridículo, tan vergonzoso, que el vulgo llama "un consentido"... Y tendrían razón: sé que me engaña mi mujer y ni la mato, ni la echo de mi lado... Sé su infamia y la callo; su traición, y la soporto... No soy hombre ni caballero...

Pero sonrió a las palabras tristemente: ¡Hombre, caballero!... ¡Qué fácil todo aquello cuando la sangre circula poderosa y hay alientos en el pecho y vigor en los músculos!

Cortó sus reflexiones la criada penetrando en el gabinete para decir:

—Señorita. Ahí está don Claudio preguntando cómo está el señor...

Margarita, sobresaltada, abandonó la lectura para contestar:

—Dígale que está un poquito mejor... Que muchas gracias por su interés—y al decirlo parecía que en la voz de la esposa había un trémolo de pesadumbre...

Una idea repentina dictó a Alfonso:

—Margarita, debías tú salir a verlo y



a decírselo... Todas las tardes viene él a interesarse por mí... No le hago pasar porque no me encuentro presentable. Hoy que estoy mejor debes ser tú quien vaya a notificárselo y a agradecérselo en mi nombre...

—¿Yo?—barbotó Margarita con extrañeza e irreprimible alegría...

Y en seguida, conteniéndose, simulando desganada obediencia, musitó:

—Bueno, lo que tú quieras... Iré por complacerte...

Salió diligente, cimbreando su cuerpo esbelto de amazona, cuyas rotundas caderas tenían bajo la seda de la bata un titubeo incitadoramente sensual...

IV

Apenas entró en la sala Margarita, Claudio Chinchilla tendió los brazos hacia ella, que se precipitó al cuello del pintor.

Se unieron en un largo beso voraz, prieto y silencioso, con salvaje energía, como ofren-

dándose sus vidas cómplices, ansiosas una de otra.

—¡Por fin!—clamó él primero, deshaciendo el dulce nudo—. ¡Creí que no iba a verte más! ¡Seis días sin besarte!

—Ha sido imposible—murmuró ella—. Estuvo gravísimo y no pude separarme un instante de su lado.

—¿Y ahora?—inquirió él, trémulo.

—Pasada la crisis, parece tranquilo, con una serenidad extraña... No sé a qué obedecerá esto.

La contempló él con arrobo, en el que había deseo y al mismo tiempo compasión. Luego le puso una mano en la frente y comentó:

—En cambio tú estás febril. Te arden las manos y las mejillas. Parece que has pasado una enfermedad según te veo de pálida y demacrada. Esto—añadió con concentrada rabia—, si no termina pronto, acabará contigo.

—¡Oh, Claudio!—musitó ella, dolorida—. Tú no puedes imaginarte lo que he sufrido. Allí adentro, rendido, sin dormir, estaba mi cuerpo; pero mi pensamiento te seguía y era una lucha terrible entre mi deber y mis deseos... Tú no sabes cómo estaba él... Daba

compasión verle. A instantes, su fiebre era tan alta, que parecía ir a consumirse en ella, a extinguirse ardiendo... Pero su razón, firme, no ha desvariado un momento. Sus ojos, abiertos constantemente, no se han apartado de mí. ¡Imposible dejarle ni un minuto!... Sus pupilas no me libertaban un instante, sujetándome, obligándome a su lado... Se clavaban en mí de tal modo, que me paralizaban la voluntad. ¡He tenido miedo, un pánico horrible de no sé qué!...

—¿Y aún dudas, Margarita, en elegir rumbo a tu vida? ¿No te ha decidido esta última prueba?... Esperar más, es como suicidarte; ese hombre, con el feroz egoísmo de todos los que se sienten morir, quisiera arrastrarte a la par suya... Desearía, con la vanidosa cobardía de todas las almas pobres que sufren, que el mundo entero sufriera al mismo tiempo y que al acabarse él, se acabara toda la vida... No se resigna a que tú puedas ser feliz sin él y quiere matarte...

Un grito y un gesto de supremo espanto de Margarita cortaron las frases del pintor.

Había girado silenciosamente la puerta

del gabinete, y en el umbral apareció la figura enteca y triste de Alfonso Salvater.

Claudio hizo un ademán de violenta sorpresa y retrocedió dos pasos como aprestándose a la defensa.

Entonces Alfonso extendió su mano descarnada, cuyos dedos sarmentosos parecían temblar, e hizo un ademán imperativo de quietud. Su rostro, espantosamente pálido, aparecía sereno; una mirada de resolución brillaba en sus ojos, deslustrados por la fiebre.

—¡Quietos!—ordenó con voz tranquila.

Y en el silencio que siguió a su mandato tornaron a sonar gravemente sus palabras:

—¡Se equivoca usted, señor Chinchilla, al juzgarme, y voy a demostrárselo!...

Avanzó dos pasos el enfermo por la habitación.

Margarita tendió hacia él sus manos cruzadas, implorando, vibrante de temor:

—¡Por Dios, Alfonso! ¡Yo te explicaré!

—¡Calla tú!—ordenó secamente el marido—. Ni un movimiento, ni una interrupción. Este hombre—y señaló despectivo al

pintor—y yo, vamos a hablar mucho y muy gravemente...

Claudio, ya repuesto de la sorpresa, murmuró con sorda entonación:

—Yo estoy a sus órdenes para todo...

Sonrió, con una forzada mueca de amargura, Alfonso.

—Gracias—contestó—. No necesitaba saber eso... Todavía—y acentuó la frase—soy el único que puede dar órdenes en mi casa... Por eso quiero que se sienten ustedes. Yo voy a hacerlo, porque la conversación será larga y podría fatigarme...

Se dejó caer Alfonso en uno de los sillones, situado frente al ventanal, por el que entraban raudales de luz dorada, a la que era más dolorosa la palidez cetrina de su rostro...

Obedientes, dominados por la solemne gravedad del instante, Margarita y Claudio se sentaron también, ella agobiada por sus inquietudes, casi tendida en un sofá; el pintor, erguido y sereno, en el filo de una silla, como dispuesto a rechazar cualquier agresión...

Hubo una pausa honda, uno de esos silencios preñados de recuerdos que pesan en el

alma y en los que parece hacerse el resumen de toda una vida.

Alfonso lo rompió para preguntar a Claudio:

—Dígame: ¿usted cree que es fácil matar?

El pintor le dirigió una mirada de extrañeza, que Alfonso sorprendió y le hizo explicarse.

—No, no crea que estoy loco, ni que la fiebre me hace delirar... Yo le pregunto lealmente, sinceramente, si usted cree que a un hombre ofendido de toda gravedad le es fácil matar a quien le agravia.

No respondió Claudio, y Salvater, levantándose, aun especificó:

—Vamos a ver. Yo soy un hombre ofendido por usted en lo más sagrado, en lo que más puede dolerme... ¡Usted es el amante de mi mujer!

Hizo el pintor un movimiento, y Margarita exhaló un quejido de angustia.

—¡Quietos!—conminó Alfonso, enérgico, al mismo tiempo que introducía su mano diestra en el bolsillo del pijama—. ¡Ni un movimiento, ni una interrupción, o no respondo de nada! Dejadme hablar como hasta

aquí, tranquilamente... No hay que tener miedo de las palabras cuando no se tienen de los hechos... Y la verdad es ésta.

Hizo una pausa como para ordenar sus pensamientos y prosiguió:

—Usted, Claudio Chinchilla, es el amante de Margarita Reina, mi mujer... Yo lo sé, yo tengo la prueba innegable... Pues bien: yo he estado escuchándoos una noche allá abajo, en la saleta que da al jardín, y esta tarde ahí, detrás de esa puerta... Oí vuestro diálogo... Soy el marido de esta mujer, la ley me ampara, sorprendo la traición en mi propia casa y tengo en mi mano una pistola...

Y al decirlo extrajo una browning del bolsillo de su pijama. Un grito se ahogó en la garganta de Margarita.

El pintor se estremeció, y una súbita palidez le invadió el rostro.

Alfonso, imperturbable, le preguntó entonces:

—Dígame usted. ¿Cree que me hubiera sido fácil matar impunemente, justamente? ¡Conteste!

Subyugado a su pesar, influído por la ar-

diente, conminadora mirada que Salvater le dirigía, Claudio Chinchilla balbució:

—¡Sí!...

Una triste sonrisa alumbró débilmente las facciones de Salvater.

—¡Fácil matar!—exclamó—. En eso quería que quedásemos de acuerdo: en que es tan fácil matar, que el más cobarde puede hacerlo; que basta con que el dedo de la más débil mano oprima este gatillo, para destruir una vida... Es verdad: yo, a pesar de ser tan débil y aunque fuera muy cobarde, ¡puedo matarlos a los dos!...

Se detuvo de nuevo. Guardó la pistola en el bolsillo y dió dos pasos hacia el ventanal. Volvióse de espaldas a él, de tal modo que la luz dorada del fondo siluetaba netamente su figura, y dirigiendo a los adúlteros una larga, honda mirada, en la que había esa tristeza desgarradora de las despedidas definitivas, se cruzó de brazos y dijo gravemente:

—Sí... Es fácil matar. Y sin embargo, ¡yo no he matado! Yo, que oía a usted juzgarme tan feroz egoísta que quería que el mundo entero sufriera al par mío; que de-

seaba que toda la vida se acabara al extinguirse mi pobre vida.

Hizo una pausa, y en seguida, como queriendo vaciar de repente todas las inquietudes de su pensamiento y todos los dolores de su alma, siguió:

—Y no he dejado de matar por cobarde ni por débil... No. No he matado porque yo, enfermo y triste, sin vida y sin amor, he respetado la vida y la alegría ajenas como algo sagrado... Porque hay que estar ya serenamente, conscientemente, en los linderos de la muerte, para comprender todo lo que la vida vale... ¡Fácil matar, fácil destruir una vida! Se dice eso cuando por tener uno mucha vida no sabe lo que con ella se acaba. Yo ya estoy fuera de la existencia; soy un condenado sin posible esperanza de indulto, y, sin embargo, amo la vida, me aferro como a algo maravilloso a esta pobre energía que aun hace circular tan débilmente mi sangre: miro cada hora como un tesoro único que se me escapa de entre las manos...

Se interrumpió, como para concentrar fuerzas. La luz del ventanal hacía destacar su figura como sobre una lámina de oro y

ponía sobre su cabeza un fulgor semejante a una aureola de santidad.

Su voz grave volvió a vibrar solemnemente:

—¿Qué saben ustedes lo que es el tiempo si creen tener mucho por delante? ¡Vivir la vida!, se dice, y no son más que unas palabras... ¡El tiempo! Y apenas es nada. Hay que verla huir sin remedio cuando se tiene poca; hay que sentir que cada minuto nos roba algo de ella, para saberla apreciar... Y eso no se sabe sino frente a la muerte... Un segundo, para los felices y los fuertes, no es nada. El tiempo de un alentar, de una sonrisa o de un beso... Para mí, cada tictac del reloj es el paso de un ladrón que me roba un poco de mi tesoro... ¡Y es horroroso sentir que se acaba cuando se sabe que el tesoro es muy corto, que no se podrá reponer jamás! ¡Matar entonces! No. La vida que no tenemos se nos aparece como algo tan grande, tan hermoso, tan sagrado, que la razón se horroriza al pensar en destruirla... Un creyente no podrá destrozar jamás la imagen venerada... Y en el umbral de la muerte la vida es eso: una diosa intangible

y magnífica en la que hasta el dolor es bello. El crimen sólo se concibe por conquistar una hora más de vida... ¿Comprendéis esto? Si por matar se lograra un minuto más de existencia, toda la sangre del mundo serra mezquino precio para conseguirlo! ¡Pero no es así! Yo estoy condenado, y vuestra muerte sólo lograría acaso precipitar mi fin... Y yo soy avaro de mis horas, defiendo desesperadamente mis minutos... ¿Entendéis por qué pudiendo matar no lo hice?

Margarita y Claudio le escuchaban admirados, confundidos, como entre las nieblas de un sueño. La voz de Salvater tenía una entonación solemne, y su rostro parecía transfigurarse, iluminado por una llama interior.

—Ya están dichas todas las razones—prosiguió Alfonso—. Y ahora, escuchad lo que os pido: sabéis y sé que he de morir pronto; sé también lo que os une y los propósitos que concertasteis. Pues bien: yo, en nombre de esta vida que se me acaba, os pido un poco de piedad...

Ambos le contemplaron con las pupilas dilatadas de asombro.

—Sí, de piedad—insistió Alfonso—. Se acabaron las gallardías, que sólo pueden tener los que son fuertes para imponerlas... Esta es la verdad de mi alma... Yo ya no soy un hombre. ¡Qué voy a serlo! ¡Soy un cadáver que se tiene en pie, una piltrafa triste y fea!

Se detuvo, y al momento, en un arrebato, cerrando los ojos como el que se lanza a un abismo, exclamó:

—¡Pero yo seré hombre también a mi manera, sin dudas, sin egoísmos! ¡Han acabado en mí todas las pasiones, todos los deseos! ¡Dejo para los que han de vivir las ambiciones, las ideas, los prejuicios, la razón, las leyes, todo, todo! ¡Sólo quiero paz, reposo, extinguirme lentamente, saborear tranquilo, una a una, las horas que me restan!

Se dirigió al pintor, vacilante, casi tambaleándose, como un ebrio, y poniéndole las manos sobre los hombros, le instó:

—¡Míreme usted a los ojos, Claudio Chinchilla! ¡Míreme sin odio y sin miedo! ¡Voy a decirle lo que jamás escuchó un hombre! ¡Margarita, mi mujer, la que a mí se entregó y me dió la ley, es suya! ¡Yo, el marido, se

la doy porque usted la hace feliz y quiero que lo sea, porque con usted le aguarda la vida, y yo sólo puedo ofrecerle la muerte!

—¡Alfonso! ¿Qué dices?—clamó en un grito de toda su alma maravillada la esposa.

Se volvió a ella Salvater, y respondió serenamente:

—Lo que oyes, Margarita... Eras suya por fuero de amor y lo eres ahora por mi voluntad.

Claudio Chinchilla se había puesto en pie y permanecía abrumado ante lo inaudito.

—¡Eres suya, Margarita, para que te haga feliz!—dijo Alfonso con la voz quebrada por la emoción—. Quiero que lo seas sin torturas, sin el remordimiento de la traición, sin la culpa de haber acelerado mi muerte... Y para que así no sea, os pido un poco de piedad.

Tendió hacia los dos sus manos trémulas y descarnadas, en ademán de súplica, y musitó:

—Por eso os pido que no os vayáis, que lo que había de ser fuga culpable se convierta en viaje feliz... Poco tendréis que aguardar... Todos lo sabemos. ¿Y por qué

dejar atrás el remordimiento de una crueldad?

Su voz se iba debilitando, y cada vez parecía Alfonso más apocado, más frágil... Se diría que el dolor le infantilizaba, le hacía miedoso y balbuciente como a un niño.

Y así, como un niño que pide clemencia para una travesura, todo él, tembloroso, lleno de pavor, con el alma como de rodillas, tornó a suplicar:

—¡Margarita, no me abandones!... ¡Claudio, no se la lleve!... Todo lo que su ambición iba a buscar fuera lo tendrá aquí luego..., cuando yo no esté. ¡Y he de estar tan poco!...

Dirigió al pintor una mirada de suprema imploración y añadió:

—¡Todo es por ella, porque sea feliz, sin remordimientos, sin dudas!... Yo sólo quiero que me cierre los ojos por última vez, que sea ella lo último que vea a mi lado... Es tan poco lo que pido, que lo haréis, ¿verdad?

Y cuando aun vibraba su ansiosa interrogación, Alfonso Salvater, rápido, en el último esfuerzo de sus energías, echó a correr hacia la puerta, camino de su alcoba, como un niño que huye después de haber salvado

un gran peligro, como un hombre que no quiere arrepentirse de lo que ha hecho.

Claudio y Margarita se miraron a los ojos... Estaban solos y no se atrevieron a abrazarse...

Ella experimentó la sensación de que les separaba un abismo, como una fosa, en la que había caído muy hondo, algo muy grande, muy doloroso, muy santo...

V

Del tronco de un pino al de otro colgaba la hamaca en que yacía Alfonso Salvater.

A poca distancia, Margarita Reina, sentada en el suelo, hacía labor de *crochet*.

Mediaba la tarde, y un viento fresco batía rumorosamente el abanico del pinar. El sol, que había lucido espléndido toda la mañana, se velaba ahora frecuentemente con ramalazos de nubes que navegaban ligeras, jironando de sombras la tierra, como deshilachadas cabelleras negras.

En el horizonte se iban arracimando manchas cárdenas que poco a poco parecían brotar de la tierra y ascender hasta las cumbres más lejanas, confundiéndose con ellas hasta formar una sola mole plomiza.

De repente una ráfaga violenta y fría cruzó el pinar, agitando los árboles y haciendo crujir la hojarasca, a la que arrancó gemidos.

Margarita alzó la cabeza, sobresaltada y estremecida:

—Parece que se echa encima la tormenta—murmuró con alarma.

Al sonido de su voz, Alfonso entreabrió los ojos como si saliera de un profundo sueño. Los elevó al cielo, dirigiendo la mirada por entre las copas de los pinos y asintió:

—Es posible... El viento ha cambiado y las nubes vienen hacia aquí muy de prisa.

Margarita elevó también la vista. Por el cielo, media hora antes despejado y azul, se veían ahora avanzar raudamente nubes redondas como inmensas vejigas de un gris acardenalado y cenizoso... Avanzaban en tropel, como escuadrones en orden de batalla conquistando el espacio, cabalgando a lo-

mos del viento, que con repentina furia silbaba en las barrancas de la sierra y aleteaba con estridor casi metálico entre el ramaje.

—Lo que es menester que al criado se le ocurra traer en seguida las caballerías, sin aguardar la hora de costumbre. Si no...

—Nos mojaremos—corroboró Alfonso.

Y en seguida, volviendo a entornar los ojos, añadió con desgano:

—¡Qué más da!

El ruido de un trueno estalló lejos, seco y cortado como una detonación: una chispa violácea, que se convirtió en una retorcida raíz de muchas hebras luminosas, rasgó el horizonte. El estampido lejano se fué dilatando, extendiéndose, rodando de una cumbre a otra, hundiéndose en las barracas, retumbando en el valle hasta extinguir su eco en la distancia...

Margarita contempló a su marido, que parecía dormir serenamente.

Diez días habían transcurrido desde la cruel y triste escena que produjo en su alma, como un deslumbramiento, una honda impresión.

Desde entonces su marido parecíale otro hombre totalmente distinto al que hasta aquel día vivió a su lado.

No podría explicar qué profundas fibras dormidas o ignoradas habían vibrado en su interior, qué fondos de sentimiento, qué perspectivas de comprensión se habían descorrido ante ella.

Lo cierto era que desde aquella tarde miraba a Alfonso como a un ser extraordinario, fuera de lo humano, despojado de realidad, o mejor, de una realidad distinta a todo cuanto había conocido... Admiración, gratitud, piedad, un afán de ternura y reconocimiento, una sensación de inferioridad, de grato afán de humillarse hasta entonces no sentido, parecía haber endulzado sus sufrimientos, hasta el punto de no sentir ya repulsa alguna hacia el enfermo, sino, antes al contrario, de anhelar el ayudarle y atenderle con mimo, con agrado, con deseo de hacerle bien...

No había vuelto a hablar palabra Alfonso relativa a la escena desarrollada entre los tres.

Cuando, una hora después de ocurrida, pe-

netró ella en la alcoba de su marido, ya él dormía o fingía hacerlo tranquilamente.

Y a la otra mañana Alfonso, respondiendo a la muda, medrosa interrogación de las miradas de su mujer, dijo tan sólo:

—Todo está hablado ya, Margarita. Todo está dicho para cuando sea preciso. Ahora, nada más. Sigamos nuestra vida de siempre.

Y así había sido. Volvió ella a acompañarle al pinar donde el enfermo pasaba el día. Unicamente Claudio no venía como antes a acompañarlos durante el regreso al pueblo. Pasaba el pintor el día entre los riscos de las cumbres haciendo apuntes, y algunas noches, en la ventana, podían cambiar rápidas palabras.

Ahora que no temían a la sorpresa ni al castigo, sus breves entrevistas eran menos apasionadas, sus palabras más lacónicas, menos vehementes sus ansias, como si la lealtad, el absurdo permiso, la renunciación del marido, hubiera levantado entre ellos una barrera de miedos y respetos...

Claudio no se atrevía a preguntarle ávidamente, como antes, por el estado de Alfonso. Ella tampoco se decidía a hablar de



la salud de su marido, como si cada cual estimara la crueldad que era el sentir impaciencia por el fin de la vida que tan generosamente se les había entregado.

—Parecemos — había pensado dolorosamente Margarita—dos alimañas que acechan desde lejos a que la muerte deje inanimada la presa que codician para poder acercarse a ella y devorarla...

Otra ráfaga de aire, más fuerte, más fría, tan humeda que le dejó clavadas en el rostro invisibles agujas de hielo, volvió a estremecerla.

—La tormenta está encima, Alfonso, y no se ve venir a Braulio con las caballerías...

Salvater se encogió de hombros displicente:

—¡Déjalo! ¡Qué le hemos de hacer!

—No vas a quedarte ahí tendido. ¡Te mojarás más! Envuelto en la manta y debajo de un árbol podrás resguardarte. ¡Dios querrá que pase pronto el turbión!

—¡Es posible que no descargue, mujer!

Pero desmintiéndolo, muy cerca, sobre sus cabezas, estalló otro trueno... Su tableteo pareció estremecer toda la sierra, agrandado por el eco.

Gruesas gotas, pesadas, anchas, redondas como monedas, se estrellaron sobre la tierra dejando en ella rodelas húmedas... Silbó el vendaval su clarín agorero y bronco, como el resonar de un cuerno de caza. Cimbreáronse los troncos gallardos de los pinos, cuyas densas copas se abrieron como para desgajarse... Una recia tolvanera hizo su remolino de polvo en la senda...

Parecía hacerse de noche repentinamente... Luz sombría de véspero irradiaba del cielo, antes tan azul... Nubes cárdenas, hidrópicas, deformes, se arracimaban muy bajas, dando la sensación de que iban a descender sobre la tierra, aplastándose contra ella...

Un nuevo relámpago rubricó el aire y puso un destello de luz lívida en sus rostros.

—¡Ven, por Dios, Alfonso! Envuélvete en la manta y resguárdate debajo de este pino.

Era un árbol prócer, no muy alto, cuya copa ancha y frondosa simulaba un dosel de esmeralda...

Alfonso obedeció, sin prisas, y se colocó donde ella decía.

La tempestad arreciaba ya con furia imponente... El hosco cielo plomizo parecía abrirse sobre sus cabezas para volcar sus cataratas de lluvia, que caían en cegadores turbiones.

El viento bramaba, aullaba, se arrastraba... Daba a la lluvia fuerza de pedrea, la alzaba en cortinones grises, la trenzaba a chorros como haces de flechas, la desflecaba y la esparcía en remolinos turbios...

—¡Ven tú también aquí, Margarita! ¡Te estás mojando!—le ordenó Alfonso.

Y alzando la manta le brindó cobijo. La mujer, trémula, asustada, se refugió junto a él, bajo su brazo, que sostenía como un telón la manta...

Un trueno más terrible hizo vibrar la montaña; un zigzag centelleante pasó ante ellos, cegándolos...

Margarita dió un grito y se abrazó a su marido... El la rodeó con su brazo la cintura y la trajo hacia sí, amparándola, juntando sus cuerpos, que se estrujaban trémulos, confundiendo su calor...

—¡Oh! ¡Morir ahora!—deseó con toda su alma Alfonso, al sentir palpitante, abrazada a él, miedosa y fortalecida con su amparo, a Margarita...

Era imponente la cólera desatada de la Naturaleza... El doble azote del viento y la lluvia parecían caer sobre la tierra como tundiéndola a latigazos, vengando con saña afrentas terribles... Y todo en la tierra se sometía a la ira con que el cielo la castigaba...

Las malezas cedían al embate del huracán metiendo en el suelo su hojarasca vencida por el agua... Los más altos pinos se cimbreaban como juncos, crujientes, balanceando los plumeros de sus copas, enderezándose en los momentos de calma como arcos de ballestas en tensión...

Y del horizonte seguían avanzando en fantástico galopar las nubes, que, negras y henchidas, se perseguían unas a otras, alcanzándose, fundiéndose, montándose en una cópula gigantesca de monstruos...

Otras parecían buscar la tierra y bajaban por las vertientes de la serranía y corrían a engancharse en los pinares, y entre ellos iban

deshilachándose, jironándose como vellones de lana entre los espinos de un zarzal...

Y como un contraste, en la lejanía veíase un resplandor de sol... Sobre la distante llanura, el cielo era azul, y en la cresta de un monte, una nube blanca, luminosa, ceñía la cima como un espléndido collar de piel de mongolia...

El agua, implacable, empapaba la manta, cuyo tejido empezó a filtrar gotas...

—¡Dios mío! ¡Te estarás helando, Alfonso!—clamó con sincera ansiedad Margarita.

—¡No te importe!—dijo él—. Tu estás más mojada que yo...

—Sí; pero a ti te hará más daño...

La tenía tan cerca, que sólo tuvo que volver Alfonso la cabeza para que sus rostros quedaran juntos, casi rozándose.

—¿Y qué importa, Margarita? ¡Yo quisiera morirme ahora mismo!

—¡Oh, no! ¡Qué horror!—clamó ella, con toda su alma, abrazándose a él como para defenderle del riesgo...

Y enlazados fuertemente, como defendiéndose de la salvaje cólera de la Naturaleza, permanecieron bajo la tempestad, que

arreció su frenesí... Parecía temblar la tierra bajo sus plantas, y Alfonso temblaba también, no sabía si de frío, de fiebre o de dicha...

El cuerpo de Margarita le prestaba calor, y al sentir contra el suyo el ritmo cordial del pecho de su mujer, pensó que jamás, ni aun en los momentos de más ardiente placer, sus corazones habían estado tan cerca.

.....

.....

Cuando, dos horas después, entre el criado y Margarita le bajaban de la yegua a la puerta de su casa, Alfonso Salvater apenas tenía noción de sí mismo...

Las ropas, empapadas por la lluvia, le transmitían hasta los huesos un frío cruel e irresistible que paralizaba sus músculos y le hacía castañetear los dientes...

Sus ojos desorbitados eran como dos brasas que la fiebre encendía... Sus manos laxas colgábanle inertes a lo largo del cuerpo... Erale imposible sostener erguida la cabeza, oprimida por un cíngulo de hierro ardiente...

Y todo él temblaba como un epiléptico,

con estremecimientos bruscos, dolorosos, asfixiantes, que eran como convulsiones de agonía...

Margarita Reina le llevaba casi en brazos... Y con su rostro pálido, sus cabellos lacios por la lluvia y su gesto de maternal angustia, parecía una Dolorosa supremamente bella en el trance de su mayor piedad...

VI

—¡Pero esto es imposible, imposible!—se dijo Alfonso Salvater, contemplándose en el espejo.

Y aunque la plancha azogada le devolvió su imagen más endeble y triste que nunca; aunque vió su pecho hundido, su rostro consumido y marchito, sus labios sin sangre y sus orejas transparentes, una alegría, casi dolorosa de tan intensa, le hacía erguirse, ponía brillo en sus pupilas y le ahogaba de dulce congoja...



Parecía imposible, pero era verdad. El doctor Salazar, que acababa de salir con su esposa, había fallado radicalmente: sus palabras estaban como grabadas a fuego en su memoria:

—¡Albricias!—había dicho el doctor—. ¡Ya tenemos hombre! Muy débil aún, necesitado de mucho cuidado, ¡pero hay hombre!

—¿Y cómo es posible, doctor?—le había interrogado él con infinita ansiedad—. No le agradecería una piadosa mentira...

—Es verdad, amigo mío. Me jugaba mi carrera, todo cuanto soy, a que, si no comete ninguna imprudencia, vuelve usted a estar tan fuerte y tan sano como hace año y medio. La Naturaleza aun tiene secretos; hace lo que todo nuestro escepticismo de hombres de ciencia no puede llamar de otro modo que milagros... Y en usted se ha realizado uno. Lo que debió matarle le ha salvado. La tormenta, empapando su cuerpo, provocó en usted una fiebre altísima que parecía imposible resistir... Pero a la terrible reacción que sucedió le debe usted la salud... La infección que le consumía, rebelde a todo medicamento, fué eliminada en esa crisis agudísima... Aquellas horas inacabables de calentura en las que parecía que usted iba a deshacerse en sudor, que se licuaba y derretía entre las sábanas, le han dado la vida. Ya se lo pronostiqué a su esposa: si resiste la reacción, está salvado... Para comprobarlo, le hice sangrar anteayer. Y el análisis, terminante, decisivo, dice la verdad. Aunque pobre, escasísima de glóbulo rojo, su sangre está sana, no hay morbo alguno en ella. Así que, ahora, la Naturaleza seguirá su obra maravillosa y dentro de un mes estará usted fuerte, con la sangre pura y nueva como la de un recién nacido... ¡Y a vivir!...

¡A vivir! ¡Bellas, armoniosas, magníficas palabras que le cantaban en el corazón un himno ardiente de gloria, de deseos y de alegría!

¡Vivir! Ascender desde el abismo de negruras en que se hallaba a la claridad esplendente del sol; hinchar sus pulmones del aire puro y libre de la serranía; ser dueño de su voluntad y de sus músculos; poder andar, correr, saltar...

Pensó que aquel de convalecer era el estado ideal del hombre... Era como un despertar delicioso, una resurrección lenta y dulce... O, mejor, como si volviera a nacer, pero ya dotado de razón... Se veía él como un niño que en el instante sagrado del natalicio pudiera irse dando cuenta de la feliz iniciación que significan todas las cosas nuevas de la vida...

Saboreaba los minutos sin fiebre como golosinas insospechadas... ¡Qué gusto agridulce de novedad, de fruto joven, tenían todas las cosas!

Sus primeros pasos de convaleciente le llevaron ante el ventanal que se abría sobre el jardín y ante el paisaje magnífico del valle... El pueblecillo quedaba a la izquierda, y en la falda de la montaña se erguían los dos cipreses del minúsculo cementerio.

¡Qué sensación de extrañeza le produjo ahora el mirar tranquilamente al camposanto, que había sido durante muchos meses su más lúgubre obsesión!

Ahora parecíale que el diminuto cementerio ponía en el paisaje una nota de grave

poesía. ¡Todo era igual, sin embargo, y qué distinto!

Unas semanas antes, el paisaje magnífico tenía para él una desolación aterradora: se le antojaba algo terrible y misterioso, lleno de peligros, tierra de maldición.

Ahora, bajo el sol radiante de agosto, todo era alegre y como nuevo.

La luz cabrilleaba en las suaves ondulaciones del arroyuelo, que se tendía en la falda de la montaña, y resplandecía jubilosa en las paredes enjabelgadas de una casuca.

Miraba al camposanto con delectación, pensando que allí podía estar él... Bastaba que en un momento de la terrible fiebre definitiva, su corazón hubiera dejado de latir unos segundos... Y entonces, ya, la paz, la oscuridad para siempre... Aquello era el morir... Así desaparecieron los que allá, bajo la tierra dorada de sol, yacían... Hombres como él, que tuvieron anhelos, deseos, un corazón que latía para la esperanza o el dolor, un pensamiento capaz de vencer la distancia y el tiempo, una fe o un desengaño... ¡Y ya no eran nada!

Una oleada de sangre, a impulsos de la emoción, le arreboló las mejillas.

¡Qué alegría tan honda, júbilo loco, impetuoso y casi salvaje, le acometió al sentirse vivir, al *ser* aún, cuando ya no pensaba sino en morir!

En un arrebato casi inconsciente de gozo anduvo unos pasos, para "sentirse" mover; agitó los brazos para convencerse de que era dueño de sus músculos, y, ávido de embriagarse de vida, abrió la ventana y aspiró, con delicia infinita, como la buchada de un licor riquísimo, la bocanada de aire ardiente, puro y oloroso que la campiña le enviaba!...

Extendió sus miradas gozándose en la luminosidad del ambiente... El cielo, de un azul cobalto, parecía vibrar... El sol arrojaba cataratas de luz jalde sobre la sierra, empapándola en sus oros, que proyectaban sobre la tierra la sombra de los árboles como dibujadas con tinta china...

Asomóse a la ventana y, al mirar hacia la derecha, vió a su mujer en la verja de entrada del hotel, vuelta de espaldas a la casa, mirando hacia el camino que a ella conducía.

Impelido por la curiosidad, corrió hacia el otro ventanal de la alcoba y, sin abrirlo, levantó el *stor* y atisbó la carretera.

Cerca de la casa, el doctor Salazar hablaba con Claudio Chinchilla.

Alfonso, tras los cristales, observó con toda su atención, que la inquietud agudizaba, los rostros y ademanes de los interlocutores.

Hablaba el médico, y en sus gestos se adivinaba un efusivo optimismo, la satisfacción orgullosa de quien da una noticia grata.

Claudio le oía sin interrumpirle; ni un músculo de su rostro se contraía delatando interés ni contento... Daba la sensación del hombre abrumado por un pesar que escucha un relato que no le importa...

Y cuando el doctor parecía terminar su narración, Claudio dirigió su vista hacia la verja donde Margarita estaba. Sorprendió Salvater aquella mirada, rápida, concentrada como un reproche, y se estremeció a su pesar...

El, vuelto de repente a la verdad dolorosa de su vida, supo interpretar aquella mirada del pintor, quiso traducirla en palabras...

Las pupilas de Claudio, su gesto duro de desengaño y defraudación, querían decir para el alma de Alfonso:

—¿Ves, Margarita, lo que sucede? Ese hombre nos ha engañado. Nos prometió la felicidad con su muerte segura, y ahora nos la quita... Falta a su palabra, nos engaña, nos estafa, porque va a vivir...

¡Cuánto hubiera dado Alfonso por ver la muda respuesta que saldría de los ojos de Margarita, el gesto con que respondería al de su amante!...

Pero no pudo adivinar más. Salazar tomaba del brazo al pintor y, sin dejar de hablarle, seguía con él por la carretera, hacia el pueblo...

Una congoja dolorosa le oprimió el corazón y puso en sus ojos un temblor de lágrimas...

Volvió a pensar como unos minutos antes, pero ahora con desgarradora amargura:

—¡Vivir! ¡Qué hermoso en verdad! Pero—y el dolor le atenazaba como una garra comprimiéndole el corazón—un hombre que ha dado a otro la mujer, que era su dicha; que ha prometido a esa mujer, con su muer-

te, la felicidad, ¿puede ya vivir? ¿Tiene derecho a vivir?...

Y el problema terrible, el dilema monstruoso y trágico, vovió a tender ante sus ojos, arrasados de lágrimas, las sombras malditas de la muerte...

VII

Al llegar a la cumbre, Alfonso Salvater se detuvo fatigado. Jadeaba, y el sudor le perlaba la frente.

—Aun no estoy para proezas—pensó.

Sin embargo, la convalecencia no podía ser más rápida y segura. Su naturaleza, como en un afán de desquitarse, absorbía ávidamente fuerzas. La sangre nueva enriquecíase por horas, dándole vigor, pulsando en sus arterias con ritmo seguro y fuerte; circulando por todo su cuerpo como un riego generoso que daba elasticidad a sus músculos, capacidad a los pulmones, vida pujante, en fin, a todo su organismo.

En diez días dijérase otro hombre. Curtíasele el rostro por la fuerza del sol y la caricia del aire, y la piel, la piel cetrina del enfermo, iba levantándose, desprendiéndose a jirones. Un tejido terso, pigmentado, de color sano, aparecía bajo los descascarillamientos de la tez.

Los cortos paseos hasta el pinar se habían convertido en ascensiones, lentas, pero cada día más fáciles, a las cumbres de la serranía.

Margarita quedaba al pie de la montaña, y él, gozoso de su libertad, como un colegial en asueto, iba escalando la cumbre, ayudándose del bastón ferrado, encontrando un raro, orgulloso placer en vencer los obstáculos, en contemplar, cada vez a más altura, el valle, en el que el pueblo aparecía blanco y diminuto, como hecho de casas de juguete...

Tendióse en el círculo de sombra que trazaba en el suelo en declive la copa de un alto pino, y dilató su mirada por el paisaje...

Bajo la rabia lumbre del sol todo resplandecía: amarilla la tierra allá en el llano, eran de oro los barbechos y de un jugoso verdor

marino los sembrados. Las cimas serranas tenían un blando azul de acuarela, y el cielo, de un intenso cobalto, parecía esmaltado en porcelana.

Del puerto, la carretera descendía en un blanco zigzag, por el que repechaban como negros ratones veloces los automóviles, y por debajo, un penacho de humo turbio anunciaba al tren, que apareció jadeante y fué a sumirse en el corazón de la montaña, entrando en el disco en sombras de un túnel como un reptil en su agujero.

El viento fresco y sutil oreó su frente y le alivió el cansancio de la ascensión.

Y ya en reposo, tras saborear el deleite de su libre soledad, volvió a meditar en el horrendo problema que su vuelta a la vida le planteaba.

¿Tenía derecho a vivir? Su salud, su fuerza vital, antes tan codiciada, ¿no eran ahora una burla cruel del Destino?

Ante la muerte, él había renunciado a cuanto le rodeaba, había perdonado la traición de Margarita, le había prometido la felicidad, había hecho donación de lo más

querido, de cuanto un hombre podía estimar más: su honra, su derecho, su amor...

Al recuperar la salud cometía, pues, una defraudación, mejor, un involuntario engaño.

Margarita y Claudio eran sus acreedores, sus acusadores por aquella insospechada falsía. Podían erguirse ante él y decirle:

—Nos has estafado. Cuando nada poseías, cuando eras un despojo humano, quisiste brindártenos generoso y nos otorgaste, con solemne promesa, una felicidad que ya no podías dar porque era nuestra, porque nos la habíamos forjado nosotros mismos. Llamaste a nuestra piedad y nos has engañado. Sin tu absurda generosidad, con la que nos regalabas lo que ya no poseías, hoy seríamos felices, lejos de ti... Nos prometiste morir y no has cumplido tu palabra... Fuiste primero, por cobardía, por miedo al dolor y al abandono, un "consentido" en tu deshonra, y ahora eres un falsario.

¡Terrible, abrumadora lógica de la verdad que se imponía a su alma!

Cuando creía extinguirse, abdicó de todos sus derechos, pidiendo como una caridad lo que no era capaz de defender; cedió total-

mente, abnegadamente, todo cuanto poseía... Ahora que tornaba a ser hombre se encontraba desvalijado por su propia voluntad. ¿Qué hacer? Reclamar lo cedido sería inútil, humillante retractación... Vengar tan tardíamente el agravio que toleró, apelar a la violencia, como clamaban su honra y su amor destrozados, sería una traición... Seguir soportando la infamia, desempeñando su papel de "consentido", era algo monstruoso, contra lo que se rebelaba su alma.

Y, en el dilema trágico, su razón, su dolor, volvieron a dictarle el único camino.

—Sé hombre—decíale con suprema decisión su conciencia—y cumple fiel el pacto hecho... Esta vida que recuperas no es tuya: la ofreciste, a precio de compasión, a la felicidad de tu mujer... Y hoy ya no tienes ni derecho a tu esposa, ni aunque la ley te ampare podrías tomarla como tal, porque sabes que pertenece a otro hombre, que otros labios que no son los tuyos la han besado, que otros brazos la condujeron por el camino del amor...

La solución clara, ineludible, única, era

morir, cumplir su palabra, libertar a los que por sus súplicas no eran ya dichosos...

Era su deber; en su desesperación se había puesto al margen, había saltado todas las barreras de moral, de prejuicios, de leyes: había roto todos los lazos y las convenciones que tejen la trama de la vida y no le era posible incorporarse a la existencia como un hombre cualquiera... Un pacto solemne le ataba a la muerte, que, acreedora implacable, le exigía cumplir. Veía tristemente que no era posible salirse de lo humano, romper, desdeñar lo que de humano había en él—pasiones, deseos, egoísmos—y querer luego recuperarlo... No admitía la vida rectificaciones definitivas ni habilidades del mal pleiteante... Su crueldad rectilínea e implacable se vengaba de quien había querido eludirse de sus fueros...

¡Morir! Era la única solución. Pagar su deuda. Su fortaleza de hombre tenía que hacer honor a su promesa de "consentido".

Se alzó resuelto. Extendió su vista por el paisaje en una suprema mirada de despedida. Era desgarrador pensar que al día siguiente no le bañaría en su gloria la lum-

bre del sol; que la Naturaleza, impasible, seguiría resplandeciendo en su magnífica belleza, sin que él pudiera contemplarla; que el aire batiría rumoroso el abanico del pinar y él no lo sentiría refrescar su frente ni escucharía el crujir de sedas de la maleza; que la vida, plena, fuerte, licor ardiente, energía y movimiento, luz y placer, dolor y belleza, seguiría indiferente su curso y él no podría gozarse en ella como en las caricias de una amante...

—¡Pero es necesario!—se corroboró—. Mañana no debo existir...

Y, resuelto, emprendió el camino sierra abajo, abrumado, lleno de la mortal tristeza de saber que su vida iba también descendiendo lentamente hacia el abismo de la nada...

VIII

Volvió a leer Alfonso la breve carta que su mano acababa de trazar sin una vacilación, con rasgos gruesos y firmes:

"Perdón, Margarita mía, por este otro dolor que te proporciono. Siento que de nuevo la enfermedad vuelve, y el recuerdo de lo pasado me hace cobarde para sufrirlo otra vez.

"Prefiero acabar de pronto y librarme de tantos sufrimientos como me esperan. Perdóname otra vez y sé lo feliz que no pude yo hacerte.—Tu *Alfonso*."

Firmó, rubricó de un solo trazo enérgico y recto, y dejó en la mesa la estilográfica con que redactara su sentencia.

—Así—meditó—, para los extraños, no seré más que uno de tantos enfermos crónicos que se suicidan por miedo al dolor... Ellos solos sabrán que soy un hombre leal que cumple su palabra...

Se guardó el pliego, doblado cuidadosamente, en el bolsillo derecho de la cazadora. Fué a la mesilla de noche y cogió la pistola. Le extrajo el cargador, y a través de sus orificios comprobó que guardaba los siete balines. Volvió a cargarla y montó el cañón: la primera bala entró en la recámara con un chasquido seco que le hizo estreme-



cer. Miró el orificio acerado del cañón, negro como el de un diminuto túnel por el que saldría la muerte... ¡Parecía mentira que aquel juguete negro y brillante que tenía en la mano pudiera matar! Incitaba la duda a tirar del gatillo para comprobarlo...

—No, aún no—resolvió Salvater—. Puesto que estoy decidido, ¿qué importan unas horas más? Quiero despedirme de todo lo que fué mi vida. Saldré ahora, como si fuera a dar un pequeño paseo hasta el pueblo, y luego, allá arriba, en el mismo sitio donde tanto sufrí, tendido al pie de aquel árbol en que bajo la terrible tempestad fuí feliz en un momento de olvido y de locura...

Guardó la pistola en su bolsillo y salió de la alcoba. Había anochecido ya, y el globo rosa del gabinete de Margarita hacía pasar a través de la puerta entornada unas cuchilladas de luz.

—¿Por qué no verla por última vez?—pensó Alfonso—. Acariciar con los ojos su belleza, contemplarla en muda despedida, sin que ella lo supiera. ¿Por qué no?...

Y el acicate de su deseo le impelió hacia el gabinete. Empujó la puerta y lo contem-

pló vacío. Tras los tules de los cortinajes se veía también luz en la alcoba. Entró, y con voz queda, desde el umbral del dormitorio, ante el que le contenían no sabía qué instintivos escrúpulos, la llamó:

—¡Margarita! ¡Margarita! ¿Estás ahí?

Silencio, primero. Y en seguida, claros, desgarrados, trémulos, llegaron a sus oídos los rumores inconfundibles de unos sollozos...

—Margarita, ¿qué te pasa?—gritó, alarmado.

Y, sin poderse contener, alzó los cortinajes y se detuvo perplejo.

Margarita, de bruces sobre el lecho, lloraba, gemía, se quejaba desconsoladamente... Los estertores del llanto estremecían con temblores continuos su cuerpo yacente de amazona, que la bata de seda modelaba con todas sus magníficas turgencias...

Avanzó hasta ella Alfonso y la tocó en un hombro:

—¡Margarita! ¿Qué tienes? ¿Por qué lloras?

Al conjuro de su voz, tan cercana, se es-

tremeció ella, vibró como a un contacto eléctrico.

Rápida se alzó del lecho. Estaba desmelenada, encendidas las mejillas por el llanto, con los ojos como dos llamas, que hacían más brillantes los cristales de las lágrimas. Un gesto de supremo dolor contraía su rostro y ponía un rictus de amargura en sus labios...

—¿Qué te pasa? ¡Habla!—insistió él ansioso.

Extendió ella los brazos en ademán de suprema desesperación, avanzó el pecho, como brindándolo a un golpe invisible, y clamó en un frenético alarido:

—¡Mátame, Alfonso, mátame!

Fué tan violenta la sorpresa de la súplica inesperada que Salvater tardó unos segundos en reponerse de ella. Miró a Margarita como a una loca, y, dando un paso hacia ella, murmuró:

—¡Vamos, Margarita, serénate! ¿Qué dices? Explica de una vez...

Con un gesto de terror, retrocedió la esposa hacia la cabecera de la cama.

—¡No me toques, Alfonso! ¡Mátame tú,

que tienes razón para ello, o me mataré yo!

Otra vez él, dominándose, insistió:

—Pero dime, ¿qué te sucede, mujer?... Te lo pido, te lo ruego...

Una nueva convulsión de llanto impidió a Margarita hablar durante unos instantes. Hizo un esfuerzo terrible para sobreponerse; se limpió nerviosamente las lágrimas, y resuelta, con voz airada, que tenía un estridor metálico, dijo, en el ansia suprema de volcar todo el dolor de su alma:

—Oyéme, Alfonso. Eres tú el único que lo puede escuchar todo. Yo he de morir porque lo merezco, porque no me es posible resistir tanta infamia...

—¿Infamia?—dijo tristemente Alfonso—. No sé dónde puede estar... Si acaso, en mí, que no he desaparecido aún...

—¡Calla!—le impuso ella, vibrante de congoja—. ¡Calla! Tú no debes morir. Has sufrido tanto que mereces la vida... Soy yo quien ha de morir; yo, que he sido traidora e infame; que, enloquecida, te engañé, ¡y ahora me veo engañada!...

—¿Engañada tú?—barbotó Alfonso—. ¿Por quién? ¿Por *él?*

—¡Sí, por *él!* — afirmó rotunda —. *El*, que es un cobarde, que mintió siempre, que nos hizo desgraciados y ahora quiere huir...

—¿Qué dices? ¡Habla, por Dios!—pidió Alfonso, trémulo, sintiendo que su alma, como en un desgarre de luz, se le inflamaba de locas esperanzas...

—Sí—murmuró ella—. *El* nos ha engañado siempre... Desde aquel día que tú nos hablaste, ha ido cambiando lentamente... Yo apreciaba su transformación. Parecía pesaroso, abrumado... Entre nosotros no había ya sino como el peso frío de un compromiso... Yo empecé a sospechar... A medida que tú recobrabas la salud, él se hacía más retraído y huraño... Llegué a pensar que tenía miedo... Pero no era sólo de ti, sino de él mismo, ¡de su traición, de su engaño!...

Se interrumpió un momento para coordinar sus ideas y prosiguió rápida:

—Yo sospechaba, presentía un misterio terrible... Hoy me anunció él que iría, como otras tardes, a caballo hasta Villaluenga, por el atajo; que no regresaría hasta la noche... Cuando vinimos del monte y tú subiste a tu cuarto, yo quedé en el jardín. A poco pasó el cartero hacia el pueblo... Cambié con él unas palabras, y no sé qué presentimiento me hizo preguntarle si llevaba correspondencia para *él*... Y al contestarme que sí, pude mentirle serenamente: "Pues entréguemela, porque *él* está arriba con mi marido. Yo se la daré..." Me apoderé de la carta, escrita con letra de mujer. Corrí hasta aquí.

Lo miró ella afanosa, desesperada, y contestó:

—¡Me ha engañado siempre!... Es casado; tiene en Valencia a su mujer y sus hijos... Ha debido decirles que va pronto, que se los llevará a todos con él a América...

¡Qué rayo de alegría, de salvaje dicha, de rabia al mismo tiempo, zigzagueó en el pensamiento de Alfonso!

—Pero ¿eso es cierto, indudable?—le preguntó.

—¡Indudable! — afirmó ella—. ¡Ahí está la carta!

Y con el índice la señaló, estrujada, medio oculta entre las ropas del lecho.

Alfonso se apoderó de ella y la leyó rá-

pido. Mientras, Margarita, sentándose en la cama, lloraba amargamente.

Reflexionó un instante Salvater, y apartándole con brusco ademán las manos del rostro, le dijo con amarga ironía:

—¡Engañada! ¡Ya sabes, infeliz, el martirio horrible de los celos! ¿Verdad?

Rechazó ella:

—¡No! Celos, no. ¡Es dolor, asco, ira!

—Te equivocas, mujer. ¡Lloras porque lo quieres!

Se alzó ella trémula, con arrogancia, y con todos sus ímpetus, negó:

—¡No le quiero! ¡Le odio con toda mi alma! No le quería ya. Estaba ligada a él por algo terrible que me obligaba. ¡Pero ahora le odio, por traidor, por cobarde! ¡Le mataría con mis mismas manos! ¡Porque me engañó!... ¡Alfonso—gritó en un alarido de su alma—, sábelo de una vez: le odio desde que tú empezaste a recuperar la salud, porque, viéndote, comprendí toda la felicidad que me había quitado, todo lo infame que yo había sido por su culpa!...

—¡Repite eso, Margarita! ¡Por tu vida, repite que no le quieres!—prorrumpió Salvater, tomándola de las manos, mirándola fijamente a los ojos.

—Sí, lo repito cien veces—dijo ella, sosteniéndole el mirar—. ¡Le odio, le odio con toda mi alma!

—¿Y le verías muerto, Margarita?

Y ella, con toda su energía, exclamó:

—¡Le mataría yo con mis propias manos, Alfonso!

Reflexionó un momento él, y dijo a la que le escuchaba anhelante:

—Bien; eso me basta. Sólo te pido una cosa: júrame que no te moverás de aquí, que no harás nada hasta que yo vuelva. No sé cuánto tardaré.

—Pero ¿dónde vas? ¿Qué vas a hacer, Alfonso?

—¡Calla tú! ¡He callado yo tanto tiempo! Estate aquí. Y si no vuelvo...

—¡Sí, vuelve, Alfonso!—le suplicó ella, trémula de angustia.

—¡Volver! ¿Y para qué?

—¡Para estar a tu lado, para que me desprecies, para que me odies! ¡Quiero ser junto a ti tan desgraciada como yo te he hecho!

—¡Calla! ¡Calla!—le impuso él, sintiéndo-

se vacilar, deslumbrado, como si una gran claridad, un sol radiante e ígneo se alzara ante sus ojos...

—¿Me esperarás?—inquirió de nuevo.

—¡Lo que tú quieras, lo que tú mandes! —aceptó rendida...

Alfonso no quiso hablar más. Hizo un esfuerzo para arrancarse de su lado y salió veloz. Unos segundos después partió del hotel camino del monte.

Su mano derecha se crispaba sobre la pistola que llevaba en el bolsillo, y sentía en el pecho una comezón ardiente, que le hacía como nunca, fuerte, alegre, lleno de vida...

IX

Una energía insospechada, una fuerza frenética le animaba. Sus piernas parecíanle ingrávidas, sintiéndolas tan ligeras; su respiración era normal, como por un camino llano.

Y, sin embargo, iba sierra arriba, por lo

más empinado del monte. La estrecha senda serpenteaba blanca ante sus ojos al claror lechoso de la luna naciente. A la derecha aun seguía elevándose el monte, en el que las negras encinas eran un ejército silencioso de monstruos que se lanzaban a escalar el cielo... Entre los lentiscos había rumores rápidos, crujidos de ramas agitadas al huir de alimañas que se ocultaban...

A la izquierda, la inmensa negrura de los barrancos, erizados de canchos; precipicios abismales, en cuyo fondo espumajeaba un torrente... Era la senda el límite extremo de aquella vertiente de la montaña. Dos metros fuera del camino ya la tierra se precipitaba en un violento declive pedregoso, con vetas de piedra cortada a bisel y que formaban aristas rectas y finas como cuchillos.

Atajo de pastores, la senda cruzaba la sierra evitando las cien vueltas fatigosas de la carretera.

Alfonso caminaba de prisa, insensible a la fatiga, sin reparar en la dureza de la ascensión. Menudos cantos que resbalaban bajo sus pisadas iban rebotando a caer en las profundidades del barranco.

Era noche cerrada ya, y el cielo, enguirnaldado de estrellas, tenía un intenso azul de terciopelo... La luna, entera, asomaba su rostro pálido, ajado y lleno de manchas, como el de una prostituta enferma.

Una hora hacía que caminaba Salvater, acuciado por un ímpetu irresistible. Todas sus potencias se concentraban en una duda ansiosa: ¿encontraría a Claudio en el camino? De retornar aquella noche al pueblo, el pintor no podía tardar ya.

Pensó que no debía cansarse y se sentó en una piedra, al borde del camino. El tronco negro de una encina le ocultaba. Era allí más abrupta la serranía, que, al descender violenta hacia los barrancos, tenía una perspectiva negra, semejante a un mar de sombras...

Apenas llevaba unos minutos de reposo cuando llegó a sus oídos un rumor débil, acompasado y sordo.

—¡Ya está ahí!—murmuró, llevándose la mano al pecho, porque el corazón pareció brincarle dentro.

Aun aguardó unos momentos; se acerca-

ba el ruido, dejando percibir el golpeteo acompasado de los cascos de un caballo.

Desde detrás de la encina le vió aparecer por el recodo, donde ya la luz cenicienta de la luna le bañaba totalmente.

Entonces Salvater salió al camino.

Claudio, que traía flojas las riendas, al sentir el sobresalto del caballo se apoderó otra vez de ellas.

Avanzó Alfonso dos pasos. Su voz ronca exclamó conminadora:

—¡Alto!

Claudio Chinchilla, al ver aparecer un hombre ante él, sujetó el caballo.

—¿Quién es?—interrogó.

Salvater volvió el rostro a la luz de la luna.

—Míreme—dijo—. ¡Soy Alfonso!

Un temblor raudo de presentimiento, de angustia, dominó al pintor.

—¿Usted aquí? ¿A qué viene?

Alfonso Salvater acortó aún más la distancia que le separaba del jinete.

—Evitemos palabras inútiles. Estoy aquí para matarle.

—¿A mí? ¿Por qué?—clamó Claudio, ti-

rando instintivo del rendaje a la caballería.

—¡Porque eres un traidor, Claudio Chinchilla! Porque te di a la mujer que quería para que la hicieras feliz y la has hecho desgraciada, la has engañado...

—¿Y por eso—interrogó el pintor, sarcástico—viene usted a asesinarme?

—No; vengo a matarte frente a frente... ¡Baja del caballo y verás!

—¡Vamos! ¡Usted se ha vuelto loco!—le gritó despectivo Claudio. Y clavó de un solo golpe las dos espuelas en los ijares del caballo... El bruto, al espolazo, dió un bote y se lanzó adelante...

Pero Alfonso Salvater esquivó ágil el encuentro y se abrazó con todas sus fuerzas a una pierna del jinete; cogido a ella, tirando de él con todo su vigor, corrió unos metros, casi arrastrándose por la tierra...

Al fin, el pintor perdió los estribos, vaciló y fué a caer de espaldas sobre Alfonso, entre sus brazos...

Rodaron los dos hombres por el suelo, entre el jadear de sus respiraciones y un barbotar de injurias...

Más fuerte, Claudio, en una de las vuel-

tas, pudo colocarse sobre Alfonso y afianzarle en el suelo... Su mano crispada de atleta le atenazó por el cuello; clavó una rodilla en el pecho de Salvater, y con el otro puño, cerrado y duro como una maza, empezó a golpear frenéticamente el rostro del vencido.

Salvater se sentía ahogar bajo la presión de su rival; sus manos aleteaban, pugnando estérilmente por agarrarse a él y derribarle; le era cada vez más difícil la respiración, y el dogal que le ceñía la garganta se apretaba terriblemente...

La idea de la muerte volvió a horrorizarle; pensó en que no vería más a Margarita, que le esperaba...

Y en un supremo esfuerzo, concentrando todas sus energías, consiguió enderezar un poco el busto; trincó entonces al pintor por los brazos y giró, haciéndole perder el equilibrio... Pero cayó el hércules sin aflojar aquella férrea mano que le ahogaba...

Rodaron aún un trecho entre el polvo, golpeándose ferozmente...

Alfonso vió ante sí, a ras de tierra, el filo de la senda; presintió el abismo negro y hondo a que iban a rodar sin remedio...

Cedió fuerzas un momento, que el pintor aprovechó para ir a incorporarse. Pero Alfonso, rápido, sacó de su bolsillo la pistola, la acercó al pecho de Claudio y tiró del gatillo.

A un mismo tiempo que la detonación, sintió que se le aflojaba el dogal de su garganta...

Otra vez disparó, tan cerca, que le llegó al rostro el calor del fogonazo.

Claudio, que se había levantado, vaciló un momento, alzó los brazos, dió dos pasos atrás, tambaleándose como un beodo, y cayó de espaldas hacia el barranco, desapareciendo en el abismo negro.

Alfonso oyó el rebotar de su cuerpo en los canchales, el crujir de la maleza rota, un grito extrahumano que rasgó como un clarinazo las sombras, y luego, allá en lo hondo, el chasquido metálico del agua del torrente al recibir el golpe del cuerpo...

Se palpó, se reconoció a la luz de la luna... Tenía el traje destrozado, lleno de polvo, las manos estriadas de arañazos... Respiró con fuerza el aire puro... ¡Estaba a salvo!

Sintió en la barba como una caricia hú-

meda y tibia. De sus encías golpeadas, de su labio inferior machacado, manaba sangre...

Se limpió con la mano, que se vió roja al resplandor lunar...

¡Sangre, sí! Pero no era ya aquélla como la de la noche horrenda en que descubrió la traición, sangre podrida de sus entrañas enfermas, licor de su vida miserable... No. Ahora era sangre fuerte y pura de hombre que había sabido serlo para defender su dicha y para vengar la afrenta...

Y lleno de un frenético júbilo, ebrio no sabía de qué gozo, echó a correr sierra abajo, como un lobo que baja ansioso de presa...

X

Al verle entrar polvoriento, ensangrentado, centelleantes las pupilas, jadeando por la loca carrera, Margarita dió un grito de espanto, de júbilo también:

—¡Alfonso! ¿Qué has hecho?

Se detuvo él mirándola ardientemente, y con voz grave y temblorosa, le dijo:

—El hombre que te engañó ya no existe.

Exhaló ella un alarido de sorpresa y terror.

Alfonso la sujetó por los hombros y la interrogó trémulo:

—¿Lo sientes? ¿Te pesa?

Y ella, devorándole con sus pupilas desorbitadas, que fulgían de fiereza, contestó:

—¡No! ¡Has hecho bien!

Y sin que él pudiera impedirlo se abalanzó a su cuello y lo abrazó con todas sus fuerzas, mientras con la cabeza derrumbada en el pecho jadeante de él rompía a llorar implorándole:

—¡Mátame a mí también, Alfonso! ¡Alfonso mío!...

El, como deslumbrado, la apartó de sí.

—¿Qué dices, mujer? ¿Mía tú?

—Sí—barbotó Margarita—. Soy tuya, lo quiero ser siempre, aunque me odies, aunque me desprecies... ¡He estado loca! ¡Porque te quiero, Alfonso, más que nunca, con toda mi vida!

Y fué él ahora el que la hizo callar con besos frenéticos, brutales; besos de su desquite, dolorosos y ardientes; besos de resu-



rrección para su alma y para su carne, que volvían de la muerte.

—Sí—le dijo casi rugiendo en la embriaguez de su dicha—. Quiéreme ahora, Margarita mía, que soy un hombre; que he vencido a la muerte y he sabido defenderte y matar...

Se abrazaron de nuevo, cayeron delirantes, locos, sobre el lecho y se poseyeron con una furia casi bestial en la que el sabor de la sangre y el recuerdo del crimen ponían una voluptuosidad acre, incitadora y única...

* * *

Corría el tren por las tierras abruptas de la alta Castilla. Violeta era ya el cielo con las primeras, imprecisas claridades del alba.

Margarita se adormecía en su butaca al ritmo monótono y trepidante del convoy.

Alfonso no podía dormir, excitado por sus pensamientos.

De madrugada habían subido al expreso, que se detenía unos minutos en el pueblo.

Habían salido sin equipajes, ocultándose como en una fuga.

—Vámonos de aquí—le había dicho Alfonso, vuelto del loco espasmo—. ¡Lejos de estas tierras, adonde nada nos recuerde nunca la desgracia!

Y no quisieron ni esperar allí el nuevo día...

A través de la ventanilla se iba aclarando rápidamente el cielo, que era ya de un tenue azul purísimo.

Alfonso bajó el cristal y contempló el paisaje que a compás de la marcha se precipitaba hacia el convoy.

De un gris acerado la tierra, y limpio, terso, el cielo de la amanecida.

El viento frío fué una caricia para su frente ardorosa.

Lo aspiró con fruición y pensó:

—¡Qué hermoso es vivir!

¡Vivir! El lo sabía mejor que nadie, porque volvía de los hondos abismos de la muerte, del dolor y del crimen.

Y todo lo daba por bien pasado. Bien valía todo, lo que esta hora de felicidad.

Por el horizonte, sobre la llanura dormida,

empezó a alzarse el globo del sol, aun sin rayos, perfecto y redondo como una hostia purpúrea...

El sol, que era entonces, más que nunca, símbolo de vida, porque su disco tenía el color rojo de la sangre humana...

Juan Ferragut

EN NUESTRO NÚMERO

PRÓXIMO PUBLICAREMOS

EL CUARTO DE BAÑO

POR

JOAQUIN BELDA

ILUSTRACIONES DE

PUIG

EDITORIAL "ATLÁNTIDA"

:=: Mendizábal, 42.—MADRID :=:

OBRAS DE W. FERNÁNDEZ FLÓREZ

La procesión de los días, novela (tercera edición).
«*Volvoreta*», novela premiada en el concurso de Bellas Artes (séptima edición).
Ha entrado un ladrón, novela (quinta edición).
Silencio, novela (segunda edición).
Las gafas del Diablo (ensayos humorísticos), premiada por la Real Academia Española (cuarta edición).
El espejo irónico, ensayos humorísticos (segunda edición).
Acotaciones de un oyente, impresiones parlamentarias (segunda edición).
Tragedias de la vida vulgar, cuentos (segunda edición).
El secreto de Barba Azul, novela últimamente publicada.

5 pesetas cada volumen.

Visiones de neurastenia, **4 pesetas.**

OTRAS OBRAS:

Todo de color de rosa, por Alvaro Retana, **4 pesetas.**
El hijo legal, por Artemio Precioso, **4 pesetas.**
Cuentos de la tierra, obra póstuma de la Condesa de Pardo Bazán, **5 pesetas.**
Hampa y miseria, novela, por José Más, **5 pesetas.**
La España chica, por José Cuartero, **4 pesetas.**

EN PRENSA:

Rosa de carne, novela, por Artemio Precioso.
La niñez de Ángel Perdido, novela, por Alfonso Vidal y Planas.
¿Qué es España?, por Marcelino Domingo.

SE HA PUESTO A LA VENTA

UN HOMBRE VISTO POR DENTRO

Magnífica novela pasional del gran escritor

RAFAEL LOPEZ DE HARO

La obra más interesante, la que más bellezas contiene entre todas las publicadas en estos últimos tiempos es, indudablemente,

UN HOMBRE VISTO POR DENTRO

lleva un prólogo amenísimo de ARTEMIO PRECIOSO y una artística portada de RIBAS.

Más de 300 páginas, 5 pesetas ejemplar.

PEDIDOS:

EDITORIAL ATLANTIDA

Y LA NOVELA DE HOY

Mendizábal, 42. **Apartado 473.**

BIBLIOTECA NACIONAL MADRID

El Caballero Audaz

NUEVAS EDICIONES

de sus siguientes obras:

I *La Virgen Desnuda.*
II *Desamor.*
III *De Pecado en Pecado.*
IV *El Pozo de las Pasiones.*
V *La Bien Pagada.*
VI *Emocionario.*
VII *La Sin Ventura.*
VIII *El Divino Pecado.*
IX *Con el pie en el Corazón.*
X *San Sebastián* (Diario de un veraneante.)
XI *Hombre de Amor*
XII *Un Hombre Extraño*
XIII *En Carne Viva.*
XIV *Una cualquiera*
XV *Horas Cortesanas.*
Del XVI al XXV. *Lo que sé por mí* (Diez volúmenes de interesantísimas interviús).
XXVI *El Jefe Político.*
XXVII *... A Besos y a Muerte*
XXVIII *Los Desterrados*

DE VENTA EN TODAS LAS LIBRERIAS DE ESPAÑA, FRANCIA Y AMÉRICA

Productos de La Toja

Jabon de sales



El mejor de tocador.
Cura y evita afecciones de la piel.

SALES-LODOS

Para la preparación de baños.

DEMETRIO.

SUCES. DE RIVADENEYRA (S.A.) MADRID.